

BIBLIOTECA
SELECTA

Julio Verne

UN EXPERIMENTO
DEL D^R. OX



RAMÓN SOPENA
PROVENZA 55
BARCELONA

12-1-1918
66



00040649

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 25 de febrero de 1918.

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.ª FERRAN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA

JULIO VERNE

UN EXPERIMENTO

DEL

DOCTOR OX

29.131

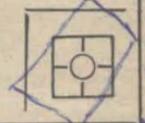
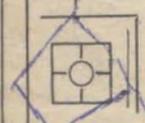
116x160



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



ATD 1884 25

Derechos reservados.

UN EXPERIMENTO DEL DOCTOR OX

I

DE CÓMO ES INÚTIL BUSCAR, AUN EN LOS MEJORES MAPAS, LA PEQUEÑA CIUDAD DE QUIQUENDON

Si buscáis en un mapa de Flandes, antiguo o moderno, la pequeña ciudad de Quiquendon, es probable que no la encontréis. ¿Es acaso, que ha desaparecido? No. ¿Es una ciudad futura? Tampoco. Existe, sin embargo, a despecho de las geográficas, desde hace ochocientos o novecientos años, y hasta cuenta con dos mil trescientas noventa y tres almas, admitiendo un alma por habitante. Está situada a trece kilómetros y medio al noroeste de Audernade y a quince kilómetros y cuarto al sudoeste de Brujas, en plena Flandes. El Vaar, pequeño afluente del Escalda, pasa por debajo de sus tres puentes, que están cubiertos todavía por una antigua techumbre de la Edad Media, como en Turnay. Se admira allí un viejo castillo, cuya primera piedra fué colocada en 1197 por el conde Balduino, futuro emperador de Constantinopla, y una casa consistorial provista de medias ventanas góticas, coronadas por una hilera de almenas, a las cuales domina una serie de torrecillas, elevadas a trescientos cincuenta y siete pies sobre el nivel del suelo, cuyo carillón, verdadero piano aéreo,

deja oír armónicos repiques de cinco octavas, que sobrepaja en fama a los carillones de Brujas. Los extranjeros que pasan por Quiquendon, no abandonan la ciudad sin visitar antes la sala de los estatúderes, que está adornada con un retrato de cuerpo entero de Guillermo de Nassau, pintado por Brandon; la tribuna existente entre la nave y el coro de la iglesia de San Maglorio, obra maestra de arquitectura del siglo xv; el pozo de hierro forjado que hay en medio de la gran plaza de San Ernulfo, cuya admirable ornamentación se debe al pintor-forjador Quintín Metsys; el sepulcro erigido a María de Borgoña, hija de Carlos *el Temerario*, que reposa ahora en la iglesia de Nuestra Señora de Brujas, etc. Por último, la principal industria de Quiquendon, es la fabricación de pasteles rellenos de crema y caramelos de cebada en grande escala. Desde hace varios siglos, la ciudad viene siendo administrada, de padres a hijos, por la familia Tricasse.

¡Y sin embargo, Quiquendon no figura en ningún mapa de Flandes! ¿Es esto un olvido de los geógrafos o una omisión voluntaria? No lo puedo decir, pero Quiquendon existe realmente con sus calles estrechas, su recinto fortificado, sus casas españolas, su mercado y su burgomaestre, y por más señas ha sido recientemente teatro de fenómenos sorprendentes, extraordinarios, tan inverosímiles como verídicos, y que van a ser fielmente consignados en el presente relato.

Ciertamente, nada malo hay que decir ni que pensar de los flamencos de Flandes occidental: son personas de bien, sensatas, parsimoniosas, sociables, de buen humor y hospitalarias; aunque algo pesadas y rudas de lenguaje y entendimiento; pero esto no es razón para que no figure en los mapas una de las ciudades más importantes de su territorio.

Esta omisión es verdaderamente lamentable. ¡Si a lo menos la historia, o a falta de ésta las crónicas o la tradición del país mencionaran siquiera a Quiquendon! Pero no, ni los atlas, ni las guías, ni los itinerarios hablan

de ella. Ni el propio señor Janne, el perspicaz investigador de lugarejos, dice una palabra de esa población. Fácil es comprender cuánto puede perjudicar este silencio a la industria y comercio de Quiquendon; pero bueno es advertir que carece de toda industria y comercio, que se vive allí en el mejor de los mundos y que sus pasteles de hojaldre y sus caramelos de cebada no los exporta y se consumen todos en la misma plaza; en fin, Quiquendon no necesita de nadie; los deseos de sus habitantes son muy limitados, su existencia modesta, son tranquilos, moderados, flemáticos, fríos, en una palabra, *flamencos*, como los que aun suelen encontrarse entre el Escalda y el mar del Norte.

II

EN EL QUE EL BURGOMAESTRE VAN TRICASSE Y EL CONSEJERO NIKLAUSSE HABLAN DE LOS ASUNTOS DE LA CIUDAD

—¿Lo cree usted así?—preguntó el burgomaestre.

—Lo creo—respondió el consejero tras un corto silencio.

—No conviene obrar a la ligera—repuso el primero.

—Hace diez años que nos ocupamos en tan grave asunto—replicó el consejero Niklausse—, y le declaro, mi digno amigo, que no me atrevo aún a tomar una determinación.

—Comprendo sus vacilaciones—dijo el burgomaestre al cabo de un buen cuarto de hora de meditación—, comprendo sus vacilaciones y participo de ellas. Obraremos muy cuerdamente no decidiendo nada sin un detenido examen de la cuestión.

—Indudablemente—observó el consejero—, ese empleo de comisario civil es inútil en una ciudad tan pacífica como Quiquendon.

—Mi predecesor—respondió van Tricasse—no dijo jamás, ni se hubiera atrevido a decir, que una cosa era cierta. Toda afirmación está sujeta a desagradables rectificaciones.

El consejero inclinó la cabeza en señal de asentimiento y permaneció silencioso cerca de media hora. Durante ese tiempo ni el burgomaestre ni Niklausse movieron siquiera un dedo, y por último el segundo preguntó a Tricasse si su antecesor—unos veinte años atrás—no había pensado, como él, en suprimir la plaza de comisario civil, que gravaba anualmente el presupuesto de la ciudad con una suma de 1,375 francos y algunos céntimos.

—En efecto—contestó el burgomaestre pasándose majestuosamente la mano por su límpida frente—; en efecto, pero aquel buen hombre murió sin haber tomado una resolución respecto a ese asunto ni a ninguna otra medida administrativa. ¡Era un sabio! ¿Por qué no he de proceder yo como él?

El consejero Niklausse hubiera sido incapaz de hallar una razón que contradijera la opinión del burgomaestre.

—El hombre que muere sin haber decidido nada en su vida—añadió van Tricasse—, está muy cerca de haber alcanzado la perfección en este mundo.

Dicho esto, el burgomaestre oprimió con la punta del dedo meñique un timbre de velado toque, que dejó oír más bien un suspiro que un sonido, y casi al punto se percibieron unos pasos que se deslizaban ligeramente sobre las baldosas del corredor. Un ratoncillo no hubiera hecho menos ruido al corretear sobre mullida alfombra. Abrióse la puerta, que giró sobre sus engrasados goznes, y apareció una joven rubia, de largas trenzas. Era Suzel van Tricasse, hija única del burgomaestre. Entregó a su padre, con la enorme pipa, un braserillo de cobre, y sin pronunciar una sola palabra desapareció tan silenciosamente como había entrado.

El honorable burgomaestre encendió el hornillo de su instrumento, y no tardó en verse envuelto en una nube

de humo azulado, dejando al consejero Niklausse absor-
to en profundas reflexiones.

La estancia en que así departían aquellos dos nota-
bles personajes encargados de la administración de Qui-



Entregó a su padre, con la enorme pipa un brasero de cobre...
(Pág. 8.)

quendon, era un gabinete ricamente adornado con escul-
turas de madera oscura. Una alta chimenea, vasto ho-
gar en el que se hubiera podido quemar una encina o asar
una vaca, ocupaba todo un lienzo de la pieza y daba fren-

te a una ventana de enrejado, cuyos vidrios multicolores tamizaban los rayos del sol. En un cuadro antiguo, colocado sobre la chimenea, aparecía el retrato de un personaje cualquiera, atribuido a Hemling, y que debía representar a un antepasado de los Tricasse, cuya genealogía se remonta auténticamente al siglo XIV, época en que los flamencos y Guy de Dampierre tuvieron que luchar con el emperador Rodolfo de Hapsburgo.

Aquel gabinete formaba parte de la casa del burgomaestre, una de las mejores de Quiquendon. Construido con gusto flamenco y con todo lo improvisado, caprichoso, pintoresco y fantástico que encierra la arquitectura ojival, se la citaba entre los más curiosos monumentos de la ciudad. Un convento de cartujos o un asilo de sordomudos no hubieran sido más silenciosos que aquella vivienda. Allí no se conocía el ruido. En vez de andar se deslizaban sus moradores; no se hablaba sino que se susurraba. Y, sin embargo, no faltaban mujeres en la casa, que sin contar al burgomaestre, albergaba a la mujer de éste, Brígida van Tricasse, a su hija Suzel van Tricasse y a su joven criada Lotche Jansheu. Conviene citar también a la hermana del burgomaestre, la tía Hemancia, vieja solterona que aun respondía al nombre de Tatane-mancia, que le daba su sobrinita cuando ésta era niña. Pues bien, a pesar de todos estos elementos de discordia, ruido y charla, aquella casa era silenciosa y tranquila como el desierto.

Van Tricasse era un personaje de cincuenta años, ni gordo ni flaco, ni bajo ni alto, ni viejo ni joven, ni subido de color ni pálido, ni alegre ni triste, ni contento ni aburrido, ni enérgico ni blando, ni orgulloso ni humilde, ni bueno ni malo, ni generoso ni avaro, ni valiente ni cobarde, ni mucho ni poco—*ne quid nimis*—hombre moderado en todo; mas por la variable lentitud de sus movimientos, por su mandíbula inferior algo colgante, su párpado superior invariablemente levantado, su frente lisa como una lámina de cobre y sin ninguna arruga, sus músculos

poco pronunciados, un fisonomista hubiera reconocido sin esfuerzo que el burgomaestre van Tricasse era la flemma personificada. Nunca ni la cólera ni la pasión habían acelerado los movimientos del corazón de ese hombre, ni encendido su rostro; nunca sus pupilas había relampagueado bajo la influencia de su enfado, por ligero que pueda suponerse. Iba vestido siempre con buena ropa, ni holgada ni estrecha y que no conseguía deteriorar con el uso. Calzaba gruesos zapatos cuadrados, de triple suela y hebillas de plata, que por su duración desesperaban al zapatero. Tocábase con un ancho sombrero que databa de la época en que Flandes quedó decididamente separada de Holanda, lo cual atribuía a ese venerable cubre-cabezas la friolera de cuarenta años de vida. Pero. ¿qué queréis? las pasiones son las que gastan el cuerpo, lo mismo que el alma, las ropas como el cuerpo, y nuestro digno burgomaestre, apático, indolente e indiferente, no se apasionaba por nada. Ni usaba ni se usaba, y por eso mismo era precisamente el hombre necesario para administrar la ciudad de Quiquendon y a sus tranquilos habitantes.

La población, en efecto, no era menos sosegada que la casa de van Tricasse, en cuya pacífica morada esperaba el burgomaestre alcanzar los límites más lejanos de la existencia humana, después de ver a la buena Brígida van Tricasse, su esposa, precederle al sepulcro, donde no hallaría, ciertamente, descanso más profundo que el disfrutado por ella durante sesenta años en la tierra.

Esto merece una explicación.

La familia van Tricasse pudiera llamarse con razón la familia *Jeannot*, y veamos por qué.

Todos saben que el cuchillo de ese personaje típico es tan célebre como su propietario y no menos duradero que él, gracias a esa doble operación incesantemente renovada, que consiste en poner mango nuevo cuando el viejo se gasta, y hoja nueva cuando ya la otra no vale nada. Tal era la operación, absolutamente idéntica, practicada desde tiempo inmemorial en la familia van Tricasse,

y a la cual se había prestado la Naturaleza con extraordinaria complacencia. Desde 1340, se había visto invariablemente a un van Tricasse, viudo, casarse con una van Tricasse más joven que él, la cual, enviudando a su vez, se unía con otro van Tricasse más joven que ella, y éste, al enviudar, etc., sin solución de continuidad. Cada cual moría a su turno con una regularidad mecánica. Ahora bien, la digna Brígida van Tricasse llevaba ya su segundo marido, y, a menos de faltar a sus deberes, debía preceder en el otro mundo a su esposo, que era diez años más joven que ella, para hacer lugar a otra van Tricasse. Con esto contaba el honorable burgomaestre absolutamente, a fin de no romper la tradición de la familia.

Tal era aquella casa pacífica y silenciosa, cuyas puertas no rechinaban, cuyas vidrieras no retemblaban, cuyos suelos no crujían, cuyas chimeneas no zumbaban, cuyas veletas no gemían, cuyos muebles no crepitaban, cuyas cerraduras no chillaban y cuyos habitantes no hacían más ruido que su propia sombra. El divino Hipócrates la hubiera seguramente escogido para templo del silencio.

III

DONDE EL COMISARIO PASSAUF HACE UNA ENTRADA TAN RUIDOSA COMO INESPERADA

Cuando comenzó la interesante conversación, más arriba referida, entre el burgomaestre y el consejero, eran las tres menos cuarto de la tarde. A las tres y cuarenta y cinco minutos fué cuando van Tricasse encendió su enorme pipa, que podía contener un cuarterón de tabaco, y hasta las cinco y treinta y cinco minutos no cesó de fumar.

Durante este tiempo, ambos interlocutores no hablaban una sola palabra.

A las seis, el consejero, que siempre procedía por pre-terminación, o aposiöpepsis, dijo:

—¿Conque nos decidimos?...

—A no resolver nada—interrumpió el burgomaestre.

—Creo que, en resumidas cuentas, tiene usted razón, van Tricasse.

—Tambien lo creo yo, Niklausse. Tomaremos una resolución respecto al comisario civil cuando estemos mejor enterados... más adelante... No llevamos un mes apenas...

—Y menos un año—respondió Niklausse, desdoblando su pañuelo, del cual se servía, dicho sea de paso, con perfecta discreción.

Siguió otro silencio que duró una hora larga, sin que nada turbase esta nueva pausa, ni aun la aparición del perro de la casa, el honrado *Lento* que, no menos flemático que su amo, vino a dar con mucha suavidad una vuelta por el gabinete. ¡Digno can! ¡Modelo para todos los de su especie! De cartón hubiera sido y no habría hecho menos ruido en su visita.

A cosa de las ocho, después que Lotche trajo la lámpara antigua de vidrio deslustrado, el burgomaestre dijo al consejero:

—¿No tenemos otro asunto urgente que despachar, Niklausse?

—No, van Tricasse, ninguno, que yo sepa.

—¿No me ha dicho, sin embargo, que la torre de la puerta de Audenarde amenaza ruina?

—En efecto—respondió el consejero—, y no sería de extrañar que el día menos pensado aplastase a un transeunte.

—¡Oh! antes que ocurra semejante desgracia habremos tomado una decisión respecto de esa torre.

—Así lo espero, van Tricasse.

—Hay cuestiones más urgentes que resolver.

—Sin duda—respondió el consejero—; por ejemplo, lo referente al mercado de cueros.

—¿Todavía sigue ardiendo?

—Todavía, y hace ya tres semanas.

—¿No hemos decidido en consejo dejarle arder?

—Sí, van Tricasse, a propuesta de usted.

—¿No es el medio más sencillo y seguro de acabar con el incendio?

—Sin disputa.

—Pues bien, esperemos. ¿No hay más?

—No hay más—respondió el consejero rascándose la frente, como para asegurarse de que no olvidaba algún asunto importante.

—¡Ah!—exclamó el burgomaestre—, ¿no ha oído usted hablar de un escape de agua que amenazaba inundar el barrio bajo de Santiago?

—Efectivamente—repuso el consejero—. ¡Y es de lamentar que el escape no se haya declarado encima del mercado de cueros! Así se hubiera naturalmente combatido el incendio, lo cual nos ahorraría los gastos de discusión.

—¿Qué quiere usted? No hay nada tan ilógico como los accidentes. No tienen enlace alguno entre sí y no es posible, como se quisiera, aprovechar el uno para atenuar el otro.

Esta aguda observación de van Tricasse exigió algún tiempo para que la saborease su interlocutor y amigo.

—Pero—dijo al cabo de unos instantes el burgomaestre—, no hemos hablado de nuestro gran asunto.

—¿Qué asunto? ¿De manera que tenemos un gran asunto?

—Ciertamente: el del alumbrado de la población.

—¡Ah, sí!—replicó el consejero—. Si no me engaño, se refiere usted al alumbrado del doctor Ox.

—Precisamente.

—¿Y bien?

—La cosa marcha. Se está procediendo a la colocación de los tubos y la fábrica está del todo concluída.

—Quizá nos hemos precipitado mucho en ese asunto—
repuso el consejero torciendo la cabeza.

—Quizá, pero nos sirve de excusa que el doctor Ox ha-
ce todos los gastos del experimento y que no nos cuesta
un céntimo.

—Esa es, en efecto, nuestra excusa. Además, es pre-
ciso ir con el siglo. Si el experimento sale bien, Quiquen-
don será la primera ciudad de Flandes que se alumbré con
gas ox... ¿Cómo se llama ese gas?

—El gas oxi-hídrico.

—Bien, vaya por el gas oxi-hídrico.

En aquel momento se abrió la puerta y Lotche anun-
ció a su amo que la cena estaba servida.

El consejero Niklause se levantó para despedirse de
van Tricasse, a quien tantas decisiones adoptadas y tantos
tratados habían abierto el apetito. Después convinieron
en reunir dentro de un plazo bastante largo el Consejo de
notables, a fin de deliberar sobre la conveniencia de to-
mar una medida provisional sobre la cuestión realmente
perentoria de la torre de Audernade.

Los dignos administradores se dirigieron entonces ha-
cia la puerta que daba a la calle, acompañando el uno al
otro. El consejero, al llegar al último descansillo, encen-
dió una pequeña linterna que debía guiarle por las calles
de Quiquendon, que todavía no estaban iluminadas con
el alumbrado del doctor Ox. La noche estaba oscura, era
el mes de octubre y una ligera niebla lo envolvía todo.

Los preparativos de la salida del consejero Niklause
exigieron un buen cuarto de hora, porque después de ha-
ber encendido el farol, se calzó sus altas botas de becerro
y se puso los gruesos guantes de piel de carnero; luego
levantó el felpudo cuello de su casaca, abatió la visera sobre
los ojos, aseguró en las manos el enorme paraguas de pu-
ño encorvado, y se dispuso a salir.

Mas en el momento en que Lotche, alumbrando a su
amo, iba a retirar la barra de la puerta, estalló afuera un
ruido inesperado.

¡Sí! Por inverosímil que esto pareciera, un ruido, un verdadero ruido, tal como no le había oído la ciudad desde la toma del torreón por los españoles en 1513, un espantoso ruido despertó los profundamente dormidos ecos de la antigua casa de van Tricasse. Llamaban a la puerta, virgen hasta entonces de todo brutal tocamiento. Se daban aldabonazos con un instrumento contundente que debía ser un palo nudoso manejado por robusta mano. A los golpes se añadían los gritos como llamando, y se oían claramente estas palabras:

—¡Señor van Tricasse, señor burgomaestre, abran, abran pronto!

El burgomaestre y el consejero, absolutamente pasmados, se miraban sin decir palabra, porque lo que pasaba era superior a lo que su imaginación podía concebir. Si se hubiera disparado la vieja culebrina del castillo, que no funcionaba desde el año 1385, los moradores de la casa Tricasse no quedarían más chafados; permítasenos esta palabra y sea excusable su trivialidad, en gracia de su exactitud.

Entre tanto, los golpes, los gritos, los llamamientos redoblaban, y Lotche, recobrando su serenidad, se atrevió a hablar.

—¿Quién está ahí?—preguntó ella.

—Yo.

—¿Y quién es yo?

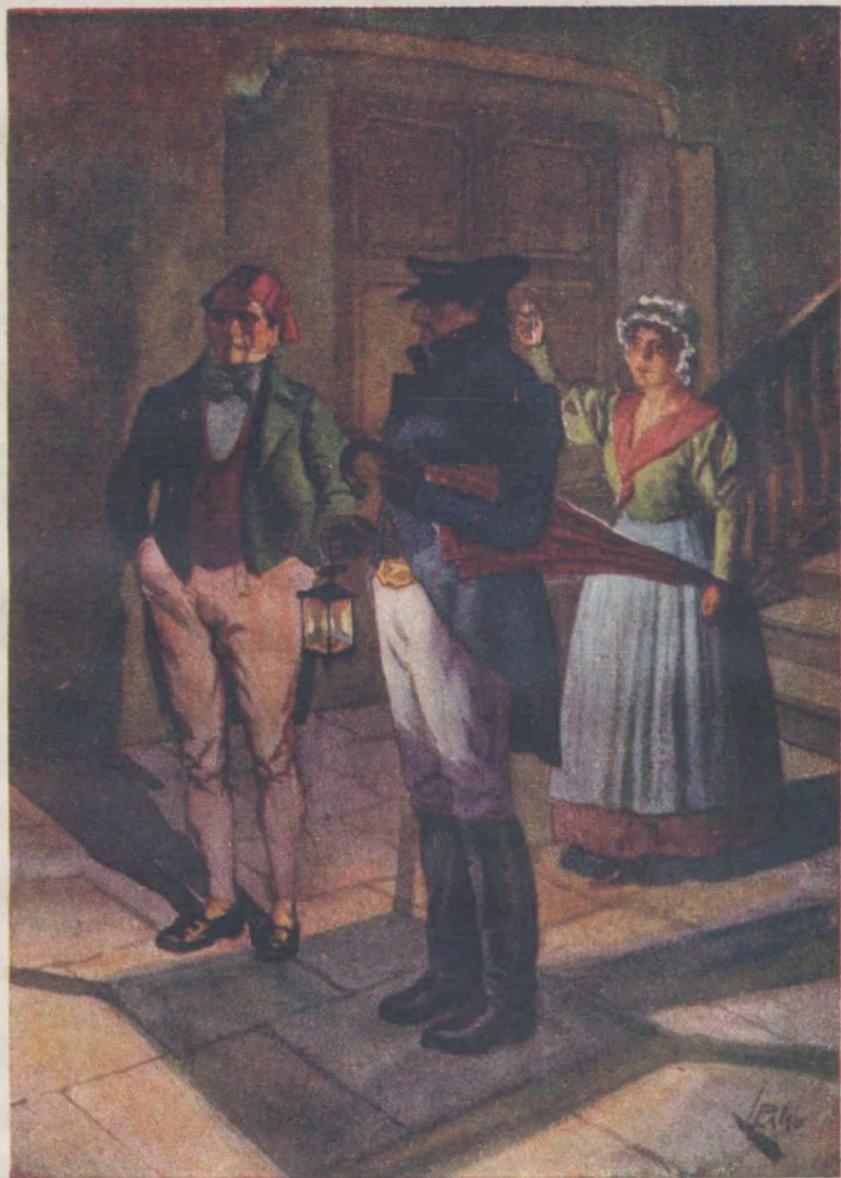
—Soy yo, yo, yo.

—¿Pero quién es yo?

—El comisario Passauf.

¡El comisario Passauf! Aquel mismo cuyo cargo se trataba de suprimir hacía diez años. ¿Qué sucedía, pues? ¿Habían invadido los borgoñeses a Quiquendon como en el siglo XIV? Nada menos que un acontecimiento de esa especie se necesitaba para conmover hasta este punto al comisario Passauf, que en nada cedía al mismo burgomaestre en cuanto a calmoso y flemático.

A una seña de van Tricasse, porque el buen señor no



...después de haber encendido el farol, se calzó sus altas botas de becerro y se puso los gruesos guantes de piel de carnero... (Pág. 15.)

EXPERIMENTO.—2

hubiera podido articular una sola palabra, la barra fué apartada y se abrió la puerta.

El comisario Passauf se precipitó en la antesala cual si fuera un huracán.

—¿Qué hay, señor comisario?—preguntó Lotche, valiente chica que no perdía la cabeza en las circunstancias más graves.

—¿Lo que hay?—dijo Passauf, cuyos ojos abultados expresaban una emoción real—. Hay, que vengo de casa del doctor Ox, donde había recepción, y allí...

—¿Allí?—dijo el consejero.

—Allí he sido testigo de un altercado tal que... señor burgomaestre, han hablado de política.

—¡Política!—replicó van Tricasse erizándosele hasta los cabellos de la peluca.

—¡Política!—repuso el comisario Passauf—lo cual no ha sucedido quizás en cien años en Quiquendon. Entonces la discusión se acaloró. El abogado Andrés Schut y el médico Domingo Custos han tenido un altercado tan violento que quizás se vean precisados a ir al terreno.

—¡Al terreno!—exclamó el consejero—. ¡Un duelo! ¡Un duelo en Quiquendon! Pero, ¿qué se han dicho el abogado Schut y el médico Custos?

—Esto textualmente: «Señor abogado» ha dicho el médico a su adversario, «va usted un poco lejos, me parece, y no piensa en medir sus palabras». El burgomaestre van Tricasse juntó las manos. El consejero palideció y dejó caer su linterna. El comisario movió la cabeza. ¡Una frase tan provocadora pronunciada por dos notables!

—Ese médico Custos—susurró Tricasse—es decididamente hombre peligroso, cabeza exaltada, ¡vengan ustedes, señores!

Y en esto el consejero Niklausse y el comisario entraron en la casa con el burgomaestre van Tricasse.



El comisario Passauf se precipitó en la antesala cual si fuera un huracán. (Pág. 17.)

IV

DONDE EL DOCTOR OX SE REVELA COMO FISIÓLOGO DE PRIMER ORDEN Y AUDAZ EXPERIMENTADOR

¿Quién es, pues, ese personaje conocido con el extraño nombre de doctor Ox?

Seguramente que un ser original, pero al propio tiempo,

po un sabio audaz, un fisiólogo cuyos trabajos son conocidos y muy apreciados en toda la Europa científica, un rival afortunado de Davy, Dalton, Bostock, Menzies, Godwin, Vierordt, ingenios todos que han elevado la fisiología al primer puesto entre las ciencias modernas.

El doctor Ox era hombre algo grueso: de estatura mediana, de edad de... no lo podemos precisar, como tampoco su nacionalidad; pero importa poco. Basta saber que era un personaje extraño, de sangre caliente e impetuosa, verdadero extravagante escapado de un tomo de Hoffmann y formaba singular contraste con los habitantes de Quiquendon. Tenía imperturbable confianza en sus doctrinas y en sí mismo. Siempre sonriente marchaba con soltura y desenfado; de hombros bien marcados, anchas narices bien abiertas, gran boca que absorbía el aire con grandes aspiraciones, su persona era de agradable aspecto. Revelaba exuberancia de vida; estaba bien equilibrado en todas las partes de su máquina; andaba bien, cual si tuviera azogue en las venas y cien agujas en los pies. Así es que nunca podía estarse quieto, deshaciéndose en palabras precipitadas y en ademanes vivísimos.

¿Era rico aquel doctor Ox que emprendía a sus expensas el alumbrado de una población entera?

Probablemente, puesto que se permitía semejantes gastos, y es la única respuesta que podemos dar a tan indiscreta pregunta.

Cinco meses hacía que el doctor Ox había llegado a Quiquendon en compañía de su preparador, que respondía al nombre de Gedeón Ygene, y era un hombre grande, seco, flaco, todo altura, pero no menos listo que su amo.

¿Y por qué había tomado el doctor Ox por su cuenta el alumbrado de la ciudad? ¿Por qué había escogido precisamente a los apacibles quiquendonenses, flamencos entre todos los flamencos, y quería dotarlos con los beneficios de un alumbrado especial? ¿No pretendía bajo este pretexto, hacer algún gran experimento fisiológico, operando *in anima vili*? En una palabra, ¿qué iba a intentar

ese original? No lo sabemos, puesto que el doctor Ox no tenía otro confidente que su preparador Ygene que le obedecía ciegamente.

En apariencia al menos, el doctor Ox se había comprometido a alumbrar la ciudad, que bien lo necesitaba «sobre todo en la noche», como decía muy atinadamente el comisario Passauf. Así es que ya se había instalado una fábrica para la producción del gas, los gasómetros estaban dispuestos para funcionar, y la tubería, circulando debajo del empedrado de las calles, debía muy pronto derramarse y abrirse en forma de mecheros por los edificios públicos y por las casas particulares de ciertos amigos del progreso.

En su calidad de burgomaestre, van Tricasse, y, en su calidad de consejero, Niklausse, y además otros notables, habían creído necesario autorizar en sus habitaciones la introducción del moderno alumbrado.

Si el lector no lo ha olvidado, durante la larga conversación del consejero y del burgomaestre se dijo que el alumbrado debía conseguirse no por la combustión del vulgar hidrógeno carburado, producido por la destilación de la hulla, sino por el empleo del gas oxi-hídrico, que consiste en el oxígeno e hidrógeno mezclado.

Ahora bien, el doctor, químico hábil e ingenioso físico, sabía obtener ese gas en gran cantidad y barato, no empleando el manganato de sosa, según el procedimiento de Tessie de Motay, sino descomponiendo simplemente el agua ligeramente acidulada por medio de una pila con elementos nuevos e inventada por él. No se usaban sustancias costosas, ni platino, ni retortas, ni combustibles, ni aparatos delicados para producir aisladamente los dos gases. Una corriente eléctrica atravesaba unas vastas tinas llenas de agua, y el elemento líquido se descomponía en sus dos partes constitutivas, el oxígeno y el hidrógeno. El oxígeno se iba por un lado, y el hidrógeno, en doble volumen que su antiguo asociado, se marchaba por otro. Los dos se recogían en receptáculos separados; precau-

ción esencial, porque su mezcla hubiera producido una explosión espantosa si se inflamaba. Y luego los tubos debían conducirlos separadamente a los diversos mecheros, dispuestos de modo que se precaviese toda explosión. Se produciría entonces una llama cuyo brillo sobrepujaría al de la luz eléctrica, que según los experimentos de Casselmann, es igual a la de mil ciento sesenta y una bujías, ni una más ni una menos.

Cierto es que la ciudad de Quiquendon obtendría con esta generosa combinación un alumbrado espléndido, pero de esto era de lo que menos se preocupaba el doctor Ox y su preparador, como más adelante lo veremos.

Precisamente, al día siguiente del en que el comisario Passauf había hecho su ruidosa aparición en el gabinete del burgomaestre, Gedeón Ygene y el doctor Ox hablaban ambos en el laboratorio que les era común en el piso bajo del principal cuerpo de la fábrica.

—¿Y bien, Ygene, y bien?—exclamó el doctor Ox resregándose las manos—. ¡Ya los vió usted ayer en mi velada a esos buenos quiquendonenses de sangre fría que ocupan, en cuanto a la viveza de pasiones, el término medio entre las esponjas y las excrecencias coralíneas! ¡Los vió usted disputando y provocándose con la voz y los ademanes; ya están metamorfoseados moral y físicamente! Y ahora no hacemos más que empezar. Ya verá usted cuando los tratemos a alta dosis.

—En efecto, maestro—respondió Ygene rascándose su nariz con la punta del índice—, el experimento comienza bien y si no hubiese cerrado prudentemente la espita, no sé lo que hubiera acontecido...

—Ya oyó usted a ese abogado Schut y al médico Custos. La frase en sí misma no era maliciosa, pero en la boca de un quiquendonense vale todas las series de injurias que los héroes de Homero se echan a la cara antes de desnudar sus aceros. ¡Ah, qué flamencos! ¡Ya verá usted lo que haremos de ellos un día!

—Haremos de ellos unos ingratos—respondió Gedeón

Ygene con el tono de un hombre que aprecia la especie humana en su justo valor.

—¡Bah! Poco importa que lo agradezcan o no, con tal que salga bien el experimento.

—Por otra parte—añadió el preparador sonriendo con malicia—, ¿no es de temer que al producir semejante excitación en su aparato respiratorio desorganicemos un poco los pulmones de esos honrados habitantes de Quiquendon?

—Peor para ellos—respondió el doctor Ox—; esto se hace en interés de la ciencia. ¿Qué diría usted si los perros o las ranas se negasen a los experimentos de vivisección?

Es probable que si se consultase a las ranas y a los perros, estos animales harían algunas objeciones a las prácticas de los vivisectores; pero el doctor Ox creyó haber hallado un argumento irrefutable, porque exhaló un largo suspiro de satisfacción.

—Después de todo, tiene usted razón, maestro—respondió Gedeón Ygene en tono de convicción—. Ni podemos hallar nada más a propósito que los habitantes de Quiquendon.

—Verdad es que no podíamos—dijo el doctor recalcando cada sílaba.

—¿Les ha tomado usted el pulso a esos seres?

—Cien veces.

—¿Y cuál es el término medio de las pulsaciones observadas?

—Ni aun cincuenta por minuto. Fácil es comprenderlo. ¡Una ciudad donde no ha habido en un siglo una sombra de discusión; donde los carreteros no juran ni los cocheros se injurian, ni los caballos se desbocan, ni los perros muerden, ni los gatos arañan! ¡Una ciudad donde el simple tribunal de policía descansa de un cabo al otro año! ¡Una ciudad donde nadie se apasiona por nada, ni por las artes ni por los negocios! ¡Una ciudad donde los gendarmes son personajes míticos y en la cual no se ha formado sumaria en diez años! ¡Una ciudad, donde, en

fin, hace trescientos años que no se ha dado ni un puñetazo ni un bofetón! Ya comprenderá usted, Ygene, que esto no puede durar y que todo lo modificaremos.

—¡ Perfectamente! ¡ Perfectamente!—replicó el preparador entusiasmado—. ¿Y el aire de este pueblo, lo ha analizado usted?

—No he dejado de hacerlo. Setenta y nueve partes de ázoe y veintiuna partes de oxígeno, ácido carbónico y vapor acuoso en cantidad variable. Son las proporciones ordinarias.

—Bien, doctor, bien—respondió Ygene—. Cuando el experimento se haga en grande será decisivo.

—Y si es decisivo—añadió el doctor Ox con aire de triunfo—, reformaremos el mundo.

V

DONDE EL BURGOMAESTRE Y EL CONSEJERO VAN A HACER UNA VISITA AL DOCTOR OX Y LO QUE SE SIGUE

El consejero Niklausse y el burgomaestre van Tricasse supieron al fin lo que es una noche agitada. El grave acontecimiento ocurrido en casa del doctor Ox les causó un verdadero insomnio. ¿Qué consecuencias tendría la cosa? No podían imaginarlo. ¿Habría que adoptar alguna decisión? ¿Tendría que intervenir la autoridad municipal que ellos representaban? ¿Se publicarían edictos para que semejante escándalo no se repitiese?

Estas dudas no podían menos de perturbar a tan blandas naturalezas. Por eso la víspera, antes de separarse, habían decidido volver a verse el día siguiente. Y el día siguiente, antes de comer, el burgomaestre van Tricasse se dirigió en persona a casa del consejero Niklausse, a quien encontró más tranquilizado. También él recobró su serenidad.

—¿No hay nada de nuevo?—preguntó van Tricasse.

—Nada de nuevo desde ayer—contestó Niklausse.

—¿Y el médico Domingo Custos?

—No he oído hablar de él ni más ni menos que del abogado Andrés Schut.

Después de una hora de conversación que ocuparía tres líneas y que es inútil referir, el consejero y el burgomaestre habían resuelto visitar al doctor Ox, a fin de obtener algunas aclaraciones, sin darle a entender sus propósitos.

Tomada esta resolución tan contraria a sus hábitos, ambos personajes se decidieron a ejecutarla inmediatamente. Abandonaron la casa y se dirigieron a la fábrica del doctor Ox, situada fuera de la población, cerca de la puerta de Audenarde, precisamente aquella cuya torre amenazaba ruina.

El burgomaestre y el consejero, no se daban el brazo, pero andaban *passibus æquis*, con paso lento y solemne, que no les hacía adelantar sino tres pulgadas apenas por segundo. Por lo demás, éste era el paso mismo de sus administrados, a quienes jamás se había visto correr por las calles de Quiquendon.

De vez en cuando, en una travesía sosegada y tranquila, en la esquina de una calle pacífica, los dos notables se paraban para saludar a la gente.

—Buenos días, señor burgomaestre—decía uno.

—Buenos días, amigo mío—respondía van Tricasse.

—¿No hay nada de nuevo, señor consejero?—preguntaba otro.

—Nada de nuevo—respondía Niklausse.

Mas por ciertas expresiones de estupor y por ciertas miradas indagadoras, podía comprenderse que la reyerta de la víspera era conocida en la ciudad. Con sólo ver la dirección seguida por van Tricasse, el más obtuso de los quiquendonenses hubiera adivinado que el burgomaestre iba a dar algún grave paso. El asunto de Custos y de Schut preocupaba todos los ánimos, pero nadie tomaba todavía partido por uno o por otro. El abogado y el mé-

dico eran, en suma, dos personas muy estimadas. El primero no había tenido ocasión nunca de informar en una ciudad donde los procuradores y alguaciles sólo existían como un recuerdo, y por consiguiente no había perdido pleito alguno. En cuanto al médico, era un honrado doctor que, a ejemplo de sus colegas, curaba a los enfermos de todas sus enfermedades, menos de la que morían, hábito desagradable adquirido desgraciadamente por los miembros de todas las Facultades en cualquiera país que ejerzan su profesión.

Al llegar a la puerta de Audenarde, el consejero y el burgomaestre dieron prudentemente un ligero rodeo, a fin de no pasar por el «radio de caída» de la torre, y luego la contemplaron con atención.

—Creo que se caerá—dijo van Tricasse.

—También lo creo yo—respondió Niklausse.

—¿A no ser que la apuntalen?—añadió van Tricasse—. ¿Pero debe apuntalarse? Esa es la cuestión.

—Es, en efecto, la cuestión—respondió Niklausse.

Algunos instantes después se presentaban a la puerta de la fábrica.

—¿Está visible el doctor Ox?—preguntaron.

El doctor Ox estaba siempre visible para las primeras autoridades de la ciudad, y éstas fueron introducidas en el gabinete del célebre fisiólogo.

Tal vez los dos notables aguardaron una hora larga antes de que el doctor apareciese. Al menos hay fundamento para creerlo, porque el burgomaestre, lo cual no había sucedido en su vida, manifestó cierta impaciencia, de la cual no se sintió exento su compañero.

El doctor Ox entró por fin y se excusó por haber hecho esperar a esos señores; pero había tenido que aprobar un plano de gasómetro y que rectificar una ramificación de tubería...

Por lo demás todo marchaba bien. Los conductores destinados al oxígeno estaban ya colocados. Antes de algunos meses, la población estaría dotada de un espléndi-



...dieron prudentemente un ligero rodeo, a fin de no pasar por el «radio de caída» de la torre... (Pág. 25.)

do alumbrado. Los dos notables podían ver ya los orificios de los tubos que daban sobre el gabinete del doctor.

Después de estas explicaciones, el doctor Ox se informó del motivo que le proporcionaba la honra de recibir en su casa al burgomaestre y al consejero.

—Para verle, doctor, para verle a usted—respondió van Tricasse—. Hace mucho tiempo que no habíamos tenido ese gusto. Salimos poco en nuestra buena ciudad de

Quiquendon. Contamos nuestros pasos y nuestras andadas. ¡Felices cuando nada viene a interrumpir nuestra uniformidad!...

Niklausse miraba a su amigo. Este no había hablado nunca tanto, al menos sin tomar tiempo ni espaciar sus frases con dilatadas pausas. Parecía que van Tricasse se expresaba con cierta volubilidad que no le era natural. El mismo Niklausse sentía también como una irresistible comezón de hablar.

En cuanto al doctor Ox, miraba atentamente al burgomaestre con cierta malicia.

Van Tricasse, que no discutía nunca sino después de haberse instalado a sus anchas en un sillón, se había levantado esta vez. No sé qué sobreexcitación nerviosa enteramente contraria a su temperamento se había apoderado de él. Todavía no gesticulaba, pero esto no podía tardar. En cuanto al consejero, se rascaba las pantorrillas y respiraba a lentas pero anchas bocanadas. Su mirada se animaba poco a poco y estaba decidido a sostener contra todo, en caso necesario, a su leal amigo el burgomaestre.

Van Tricasse se había levantado, y después de algunos pasos, vino a colocarse de nuevo enfrente del doctor.

—¿Y dentro de cuántos meses?—preguntó con tono algo imperativo—. ¿Dentro de cuántos meses dice usted que estarán sus trabajos concluidos?

—Dentro de tres o cuatro meses.

—Muy largo es eso—dijo van Tricasse.

—¡Demasiado largo!—añadió Niklausse, que, no pudiendo aguantar más en su sitio, se había levantado también.

—Necesitamos ese tiempo para acabar nuestra operación—replicó el doctor—. Los obreros que hemos escogido en la población de Quiquendon no son muy activos.

—¡Cómo que no son activos!—exclamó el burgomaestre que tomaba, al parecer, esas palabras como una ofensa personal.

—No, señor burgomaestre—respondió el doctor Ox insistiendo—. Un obrero francés haría en un día el trabajo de diez de sus administrados de usted. Ya lo sabe, son flamencos puros.

—¡Flamencos!—exclamó el consejero Niklausse—. ¿Qué sentido da usted a esa palabra?

—Pues el sentido... amable que todo el mundo le da—contestó sonriendo el doctor.

—¡Cuidado, caballero!—dijo el burgomaestre recorriendo a grandes pasos el gabinete de uno a otro lado—. ¡No me gustan esas insinuaciones! Los obreros de Quiquendon valen tanto como los de cualquiera otra ciudad del mundo, ¿entiende usted? y no es a París ni a Londres donde iremos a buscar modelos. En cuanto a los trabajos que le conciernen, le ruego que acelere usted su ejecución. Las calles están desempedradas para la colocación de los tubos, y eso entorpece la circulación. El comercio acabará por quejarse, y yo, administrador responsable, no quiero incurrir en reconvenciones demasiado legítimas.

¡El bravo burgomaestre! ¡había hablado de comercio y de circulación, y estas palabras a que no estaba acostumbrado, no le quemaban los labios! ¿Qué le pasaba, pues?

—Por otra parte—añadió Niklausse—; la ciudad no puede estar por más tiempo privada del alumbrado.

—Sin embargo—dijo el doctor—. una ciudad que lo espera hace ochocientos o novecientos años...

—Razón de más, caballero—repuso el burgomaestre recalcando las sílabas—. ¡Otro tiempo, otras costumbres! El progreso marcha y no queremos quedarnos atrás. Esperamos que antes de un mes estarán nuestras calles alumbradas, o bien pagará usted una indemnización considerable por cada día de retraso. ¿Qué sucedería si en medio de las tinieblas estallase una riña?

—Efectivamente—exclamó Niklausse—, basta una chispa para inflamar a un flamenco. Flamenco, flama.

—Y a propósito—dijo el burgomaestre cortando la pa-

labra a su amigo—, el comisario Passauf, jefe de policía municipal, nos ha informado que en los salones de usted, señor doctor, se había entablado anoche una discusión. ¿Se ha equivocado al decir que se trataba de una discusión política?

—No se ha equivocado, señor burgomaestre—respondió el doctor, que reprimía no sin trabajo un suspiro de satisfacción.

—¿Y no hubo un altercado entre el médico Domingo Custos y el abogado Andrés Schut?

—Sí, señor consejero, pero las expresiones que se cruzaron no tenían nada de graves.

—¡Nada de graves!—exclamó el burgomaestre—. ¿Nada de graves cuando un hombre dice a otro que no mide el alcance de sus palabras? ¿Entonces, con qué barro está usted amasado, caballero? ¿No sabe usted que en Quiquendon no se necesita más para acarrear consecuencias en extremo desagradables? Si usted o cualquier otro se permitiese hablarme así...

—Y a mí—apoyó el consejero Niklausse.

Y, al pronunciar estas palabras con tono amenazador, los dos notables, con los brazos cruzados y el pelo erizado, miraban cara a cara al doctor Ox, resueltos a jugarle una mala pasada si un gesto, menos que un gesto, una ojeada hubiera revelado en él la intención de contradecirle.

Pero el doctor no pestañeó.

—En todo caso, caballero—prosiguió el burgomaestre—, haré a usted responsable de lo que ocurra en su casa. Garantizo la tranquilidad de la población, y no quiero que se vea perturbada. Los acontecimientos de anoche no se repetirán, y, en caso contrario, sabré cumplir con mi deber. ¿Lo ha entendido, caballero? ¡Pero diga usted algo!

Al hablar así el burgomaestre, bajo el imperio de una sobreexcitación extraordinaria, elevaba la voz hasta el diapason de la cólera. Estaba furioso aquel buen van Tricasse, y ciertamente le oyeron en la calle. Por último, fue-

ra de sí y en vista de que el doctor no respondía a sus provocaciones, dijo:

—¡Vámonos, Niklausse!

Y, cerrando la puerta con una violencia que hizo retemblar la casa, el burgomaestre arrastró al consejero en pos de sí.

Poco a poco, y después de andar unos veinte pasos por el campo, los dignos notables se calmaron, acertaron la marcha y su andar se modificó. Apagóse el fuego que empurpuraba sus mejillas, y de encarnadas pasaron a color de rosa.

Y un cuarto de hora después de haber salido de la fábrica, van Tricasse decía con apacible tono al consejero Niklausse:

—¡Qué hombre tan amable es el doctor Ox! Lo veré siempre con el mayor gusto.

VI

EN DONDE FRANTZ NIKLAUSSE Y SUZEL VAN TRICASSE FORMAN ALGUNOS PROYECTOS PARA EL PORVENIR

Nuestros lectores saben que el burgomaestre tenía una hija, la señorita Suzel; mas, por perspicaces que sean, no han podido adivinar que el consejero Niklausse tenía un hijo, el señor Frantz. Y aun cuando lo hubiesen adivinado, nada le haría imaginar que Frantz fuese novio de Suzel. Añadiremos que estos dos jóvenes estaban hechos el uno para el otro, y que se amaban como se ama en Quiquendon.

No se ha de creer que los corazones jóvenes no palpitan en aquella ciudad excepcional; sólo que latían con cierta lentitud. Se casaban como en cualquiera otra ciudad del mundo, pero se tomaban tiempo para ello. Los futuros esposos, antes de ligarse con terribles lazos, querían estudiarse, y los estudios duraban lo menos diez años,

como una carrera. Raras veces se *recibia* a nadie antes de ese tiempo.

Sí, ¡diez años! ¡Diez años duraba el noviazgo! ¿Es acaso demasiado cuando se trata de vínculos que sólo la muerte puede romper? ¿Se estudia diez años para ser ingeniero o médico, abogado o consejero de prefectura, y se pretende adquirir en menos tiempo los conocimientos necesarios para marido? Esto es inadmisibile, y sea por temperamento o por cálculo, los quiquendonenses están, a nuestro parecer, en lo cierto al prolongar así sus estudios. Cuando en otras poblaciones libres y ardientes se ven efectuar los casamientos en pocos meses, hay que encojerse de hombros y darse prisa en enviar a los muchachos al colegio y a las muchachas al pensionado de Quiquendon.

No se citaba, en medio siglo, más que un matrimonio hecho en dos años, y por eso acabó mal.

Frantz Niklause quería, pues, a Suzel van Tricasse, pero apaciblemente, como se ama cuando se tienen diez años por delante para adquirir el objeto amado. Una sola vez a la semana, y a la hora convenida, Frantz iba a buscar a Suzel y la conducía a las orillas del Vaar. El tenía cuidado de llevarse la caña de pescar, mientras su amada no se olvidaba del cañamazo, en el cual sus bonitos dedos casaban las flores más inverosímiles.

Conviene decir aquí que Frantz era un joven de veintidós años, en cuyas mejillas y labio superior apuntaba un ligero bozo de melocotón, y que su voz apenas acababa de descender de una octava a otra.

En cuanto a Suzel, era rubia y sonrosada, contaba diez y siete años, y no se desdeñaba de pescar con caña. ¡Singular ocupación, que obligaba a luchar en astucia con un barbillo! pero a Frantz le gustaba esto, y semejante pasatiempo se compadecía bien con su carácter. Paciente cuanto se puede serlo, complaciéndose en seguir con mirada pensativa el trocito de corcho que flotaba en la superficie del agua, sabía esperar, y cuando después de una

sesión de seis horas, un modesto barbo, teniendo piedad de él, consentía por fin en dejarse pescar, era feliz, aunque sabía disimular su emoción.

Aquel día, los dos novios, puede decirse los dos desposados, estaban sentados sobre la verde orilla. El límpido Vaar murmuraba a algunos pies debajo de ellos. Suzel impelía indolentemente su aguja por entre el cañamazo. Frantz arrastraba automáticamente su sedal de izquierda a derecha, y luego le dejaba seguir la corriente de derecha a izquierda. Los barbos formaban en el agua círculos caprichosos que se entre cruzaban alrededor del corcho, mientras el anzuelo se paseaba vacío por las capas más inferiores.

—Creo que muerde—decía Frantz de vez en cuando, sin levantar siquiera los ojos hacia Suzel.

—¿Lo crees, Frantz?—respondía la muchacha y, abandonando un momento su labor, con la vista seguía conmovida el cordel de la caña de su prometido.

—Pero no—añadía Frantz—. Había creído sentir un pequeño movimiento. Me he engañado.

—Ya picará, Frantz—replicaba Suzel con pura y dulce voz—. Pero no te olvides de tirar a tiempo. Siempre te retardas algunos segundos y el pececillo los aprovecha para escapar.

—¿Quieres tomar la caña, Suzel?

—Con mucho gusto, Frantz.

—Entonces dame el cañamazo. Veremos si soy más diestro con la aguja que con el anzuelo.

Y la joven tomaba la caña con trémula mano, mientras que el mozo hacía pasar la aguja por las mallas del cañamazo; y durante horas enteras cruzaban así tiernas palabras y sus corazones palpitaban cuando el corcho se estremecía sobre el agua. ¡Ah! No olvidarán jamás aquellos momentos encantadores en que, sentados el uno junto al otro, escuchaban el susurro de las aguas.

Aquel día el sol estaba ya muy bajo en el horizonte, y a pesar de los talentos combinados de Suzel y Frantz,



Aquel día, los dos novios, puede decirse los dos desposados, estaban sentados sobre la verde orilla... (Página 32.)

EXPERIMENTO.—3

«nada había mordido». Los barbos no se habían mostrado compasivos y se reían de los jóvenes, que eran demasiado buenos para guardarles rencor.

—Seremos más afortunados otra vez, Frantz—dijo Suzel, cuando el joven pescador clavó su anzuelo, todavía virgen, en la plancheta de pino.

—Debemos esperarlo, Suzel—respondió Frantz.

Y después, caminando uno junto al otro, emprendieron el regreso a casa, sin cruzar una sola palabra, tan mudos como sus sombras que se prolongaban delante de ellos. Suzel se veía grande, muy grande, bajo los oblicuos rayos del sol poniente. Frantz parecía flaco, muy flaco, como la larga caña que llevaba en la mano.

Llegaron a casa del burgomaestre. Unas verdes matas de hierbas festoneaban las relucientes losas, y se hubieran guardado muy bien de arrancarlas, porque, alfombrando la calle, apagaban el ruido de los pasos.

En el momento en que iba a abrir la puerta, Frantz se creyó obligado a decir a su prometida:

—Ya lo sabes, Suzel, el gran día se acerca.

—Se acerca, en efecto, Frantz—respondió la joven bajando los párpados.

—Sí—dijo Frantz—, dentro de cinco o seis años.

—Hasta la vista, Frantz—dijo Suzel.

—Hasta la vista, Suzel—repuso Frantz.

Y cuando la puerta se hubo cerrado, el joven tomó con paso igual y tranquilo el camino de la casa del conserjero Niklausse.

VII

DONDE LOS «ANDANTES» SE CONVIERTEN EN «ALLEGRO» Y LOS «ALLEGRO» EN «VIVACE»

La emoción causada por el incidente del abogado Schut y el médico Custos se había calmado y la cosa no tuvo consecuencias. Podía, pues, esperarse que Quiquendon

volvería a su apatía habitual, momentáneamente turbada por un acontecimiento inexplicable.

Entretanto la colocación de la tubería destinada a con-



Y la joven tomaba la caña con trémula mano, mientras que el mozo hacía pasar la aguja por las mallas del cañamazo... (Página 32.)

ducir el gas oxi-hídrico por los principales edificios de la ciudad, se verificaba rápidamente. Los conductos y las ramificaciones se deslizaban poco a poco bajo el empedrado de Quiquendon; pero los mecheros faltaban todavía,

porque, como su fabricación era muy delicada, había sido preciso pedirlos al extranjero.

El doctor Ox se multiplicaba; su preparador Ygene y él no perdían un solo instante, dando prisa a los obreros, terminando los delicados órganos del gasómetro, alimentando día y noche las gigantescas pilas que descomponían la corriente eléctrica. ¡Sí! El doctor fabricaba ya su gas, aunque la canalización no se hallaba terminada todavía, lo cual, entre nosotros, hubiera parecido muy singular. Pero antes de poco tiempo—podía esperarse al menos antes de poco—, el doctor Ox inauguraría en el teatro de la ciudad los esplendores de su nuevo alumbrado.

Porque Quiquendon poseía un teatro, hermoso edificio, a fe mía, cuya disposición interior y exterior recordaba todos los estilos. Era a la vez bizantino, romano, gótico, del Renacimiento, con puertas de medio punto, ojivas, rosetones resplandecientes, cimbalillos fantásticos, en una palabra, modelo de todos los géneros, mitad Partenón, mitad Gran Café de París, lo cual no debe causar extrañeza, porque, comenzado en tiempo del burgomaestre Ludwig van Tricasse en 1175, no se terminó hasta 1837, siendo burgomaestre Natalis van Tricasse. Se habían empleado setecientos años en construirlo y se había conformado sucesivamente con la moda arquitectónica de todas las épocas. ¡No importa! Era un hermoso edificio, cuyas pilastras romanas y bóvedas bizantinas no discreparían del alumbrado gas oxi-hídrico.

Se representaba un poco de todo en el teatro de Quiquendon, y especialmente la ópera seria y la cómica; pero hay que decir que los compositores no hubieran podido reconocer sus obras, de tan cambiados como estaban los compases.

En efecto, como nada se hacía aprisa en Quiquendon, las obras tenían que apropiarse al temperamento de los quiquendonenses. Aunque las puertas del teatro se abrían habitualmente a las cuatro y se cerraban a las diez, no había ejemplo de que durante esas seis horas se hubiesen

representado más que dos actos. *Roberto el Diablo*, los *Hugonotes* o *Guillermo Tell* ocupaban ordinariamente tres noches; tan lenta era la ejecución de estas óperas. Los *vivace* en el teatro de Quiquendon, se convertían en verdaderos *adagio*; los *allegro* se arrastraban larga, larguísima; las semifusas valían las semibreves de cualquiera otro país; las tiradas más rápidas, ejecutadas según el gusto de los quiquendonenses, tomaban el andar de un himno de canto llano. Los indolentes trinos se prolongaban y acompasaban para no herir los oídos de los *dilettanti*. Para decirlo como ejemplo, el aire rápido de Figaro a su entrada en el primer acto del *Barbero de Sevilla*, se llevaba con el número 33 del metrómetro y duraba cincuenta y ocho minutos, cuando el actor era un polvorilla.

Como es fácil suponer, los artistas que venían de fuera tenían que conformarse con esa moda, pero, como les pagaban bien, no se quejaban y obedecían fielmente la batuta del director de orquesta, que no marcaba nunca en los *allegro* más de ocho compases por minuto.

¡Pero, en cambio, qué aplausos llovían sobre aquellos artistas que encantaban, sin fatigarlos nunca, a los espectadores de Quiquendon! Todas las manos daban una contra otra en intervalos bastante separados, lo cual traducían los periódicos por *aplausos frenéticos*, si una o dos veces la sala entusiasmada no se hundía bajo los *bravos*, es porque en el siglo duodécimo no se ahorraba en los cimientos ni el mortero ni la piedra.

Por otra parte, para no exaltar las entusiastas naturalezas de los flamencos, el teatro sólo trabajaba una vez por semana, lo cual permitía a los actores estudiar con más profundidad sus papeles, y a los espectadores digerir por más tiempo las bellezas de las obras maestras del arte dramático.

Hacía mucho tiempo que las cosas marchaban así. Los artistas extranjeros tenían la costumbre de firmar una contrata con el empresario de Quiquendon, cuando querían

descansar de sus fatigas en otros teatros, y no parecía que nada debía modificar este inveterado hábito, cuando, quince días después del caso Schut-Custos, un incidente inesperado vino a perturbar de nuevo a la ciudad.

Era sábado, día de ópera. No se trataba aún, como pudiera creerse, de inaugurar el nuevo alumbrado, no; los tubos llegaban ya hasta la sala, pero, por el motivo arriba indicado, los mecheros no estaban todavía colocados y las bujías de la araña seguían proyectando su luz suave sobre los espectadores que llenaban el teatro. Se habían abierto las puertas al público a la una de la tarde, y a las tres el salón estaba a medio llenar. Durante un momento había habido una cola que se desarrollaba hasta el extremo de la plaza de San Ernulfo, delante de la farmacia de José Liefrink. Esta concurrencia permitía presagiar una buena representación.

—¿Irá usted esta noche al teatro?—había preguntado por la mañana el consejero al burgomaestre.

—No faltaré—había respondido van Tricasse—, y llevaré a mi mujer, a nuestra hija Suzel y a nuestra querida Tatanemancia, que es apasionada de la buena música.

—¿Vendrá la señorita Suzel?—preguntó el consejero.

—Sin duda, Niklausse.

—Entonces mi hijo Frantz será el primero que formará en la cola—respondió Niklausse.

—¡Joven ardoroso, Niklausse!—respondió doctoralmente el burgomaestre—. ¡Cabeza exaltada! Es necesario vigilar a ese muchacho.

—Ama, van Tricasse, ama a su hermosa hija de usted.

—Pues bien, Niklausse, se casará con ella. ¿Una vez convenidos en ese matrimonio, qué puede pedir más?

—¡No pide nada, van Tricasse, no reclama nada ese querido niño! Pero, en fin, y no quiero decir más; no será el último en pedir su billete en el despacho.

—¡Ah! ¡Viva y ardiente juventud!—replicó el burgomaestre sonriendo al recuerdo de su pasado—. Así hemos sido nosotros, mi digno consejero. ¡También nos-

otros hemos amado! ;También hemos formado cola en nuestros tiempos! Hasta la tarde, pues, hasta la tarde. A propósito, ¿sabe usted que ese Fioravanti es un gran artista? ;Por eso, qué acogida ha tenido entre nosotros! ;No olvidará en mucho tiempo los aplausos de Quiquendon!

Se trataba, en efecto, del célebre tenor Fioravanti, que por su talento de *virtuoso*, su método perfecto y su voz simpática, provocaba entre los aficionados de la ciudad un verdadero entusiasmo.

Tres semanas hacía que Fioravanti había obtenido en los *Hugonotes* un éxito inmenso. El primer acto, interpretado a gusto de los quiquendonenses, había ocupado una representación entera de la primera semana del mes. Otra función de la segunda semana, prolongada con *andantes* infinitos había valido al célebre artista una verdadera ovación. El triunfo había sido mayor en el tercer acto de la obra maestra de Meyerbeer. Pero era en el cuarto acto donde esperaban ver a Fioravanti, y precisamente aquella tarde iba a ser cantado ante un público impaciente. ;Ah! ;Aquel dúo de Raul y Valentina, aquel himno de amor a dos voces, tan suspirado, aquella estrecha en que se multiplicaban los *crescendo*, los *stringendo*, los *sforzando*, los *piú crescendo* todo cantado lenta, compendiosa, interminablemente! ;Oh! ;Qué encanto!

Así es que a las cuatro el teatro estaba lleno. Los palcos, la orquesta, el patio, estaban rebosantes. En los prosenios se hallaban el burgomaestre, su hija Suzel, la señora de van Tricasse y la amable Tatanemancia con gorro verde manzana; después, no lejos, el consejero Niklausse y su familia, sin olvidar el enamorado Frantz. Se veía también a la familia del médico Custos y del abogado Schut, Honorato Syntax, el gran juez, y a Soutman (Norberto), el director de la compañía de seguros, así como al grueso banquero Collaert, que se volvía loco por la música alemana, algo *virtuoso* él también, el maestro de escuela Rupp, al director de la Academia, Jerónimo Resh,

al comisario civil y a otras muchas notabilidades de la ciudad que no pueden enumerarse sin abusar de la paciencia del lector.

Ordinariamente, esperando que el telón se levantara, los quiquendonenses tenían la costumbre de permanecer callados, leyendo los unos su periódico, cruzando otros algunas palabras en voz baja, yendo éstos a su asiento sin ruido ni atropelladamente, dirigiendo aquéllos una mirada semi-apagada a las amables beldades que adornaban las galerías.

Pero aquella noche un observador hubiera reconocido que, aun antes de alzarse el telón, reinaba en la sala una animación inusitada. Se estaban moviendo las personas que siempre estaban quietas. Los abanicos de las damas agitábanse con una rapidez anormal. Un aire más vivo parecía haber invadido todos los pechos y se respiraba con más holgura. Algunas miradas brillaban, puede decirse, tanto como las luces de la araña que parecían derramar un resplandor insólito. Realmente se veía más claro que de costumbre, aunque el alumbrado era el mismo. ¡Ah! ¡Si los nuevos aparatos del doctor Ox hubiesen funcionado! Pero no funcionaban todavía.

Por último la orquesta está completa en su puesto. El primer violín pasa por entre los atriles para dar un modesto *la* a sus colegas. Los instrumentos de cuerda, los de viento y los de percusión están acordes. El maestro director no aguarda más que la campanilla para marcar el primer compás.

El timbre suena y empieza el cuarto acto. El *allegro appassionato* de entrada se toca, según costumbre, con una lentitud majestuosa que hubiera hecho dar un brinco al ilustre Meyerbeer, y cuya majestad toda, sólo aprecian los *dilettanti* quiquendonenses. Pero muy pronto el director de orquesta no siente ya dominio sobre los ejecutantes. Le cuesta algún trabajo contenerlos, a ellos, tan obedientes y tan calmosos de ordinario. Los instrumentos de viento manifiestan tendencia a acelerar los movimientos,

y hay que enfrenarlos con mano firme, porque adelantándose a los de cuerda producirían, desde el punto de vista armónico, un efecto deplorable. El mismo bajo, hijo del farmacéutico José Liefrink, joven muy bien educado, tampoco puede contenerse.

Entre tanto Valentina ha principiado su recitado:

*Al fin sola me hallo,
Sola con mis pesares...*

pero se acelera. El director de orquesta y todos los músicos la siguen, quizá inconscientemente, en su *cantabile*, que debería ser medido lentamente, como un doce por diez y ocho que es. Cuando Raúl aparece en la puerta del fondo, desde el momento en que Valentina le sale al encuentro, hasta el de esconderse en el cuarto de al lado, no transcurren quince minutos, cuando antes, según la tradición del teatro de Quiquendon, ese recitado de treinta y siete compases duraba hasta treinta y siete minutos.

Saint Bris, Nevers, Cavannes y los señores católicos, han entrado en escena con alguna precipitación quizá. *Allegro pomposo* ha marcado el compositor en la partitura. La orquesta y los señores andan efectivamente *allegro*, pero de ningún modo *pomposo* y en el concertante, en esa página magistral de la conjuración y de la bendición de puñales, no se modera ya el *allegro* reglamentario. Cantores y músicos corren fogosamente. El director de la orquesta ya no piensa en contenerlos. Por otra parte, el público no reclama, sino que, al contrario, se ve también arrastrado a un movimiento que responde a las aspiraciones del alma:

*¿De los funestos males
Que afligen a nuestra tierra
Queréis que quede libre
Y dar fin a la guerra?*

Esto se promete y se jura. Apenas tiene Nevers el tiempo de protestar y de cantar que entre sus antepasados «cuenta soldados y no asesinos.» Le prenden. Los cuadrilleros y regidores llegan y juran rápidamente herir a todos a la vez. Saint Bris recorre como un verdadero *dos por cuatro* callejero el recitado que llama a los católicos a la venganza. Los tres frailes, llevando canastillos con lazos blancos, se precipitan por la puerta del fondo de la habitación de Nevers, sin tener presente la exigencia de la escena que les recomienda adelantarse lentamente. Ya todos los asistentes han sacado sus espadas y puñales que los tres monjes bendicen en un santiamén. Los sopranos y los tenores y bajos atacan con gritos encarnizados el *allegro furioso*, y de un *seis por ocho* de cuadrilla. Y luego salen aullando el canto:

*A media noche
Sin armar ruido
Dios lo quiere.
Si
A media noche.*

En aquel momento el público está en pie. Todos se agitan en los palcos, en las lunetas y en las galerías. Parece que todos los espectadores van a arrojarse a la escena, con el burgomaestre van Tricasse a la cabeza, a fin de reunirse con los conjurados y aniquilar a los hugonotes, de cuyas opiniones religiosas, sin embargo, participan. Aplauden, llaman a la escena y aclaman. Tatanemancia agita con mano febril su gorro verde manzana. Las lámparas del salón despiden un brillo ardiente.

Raúl, en vez de levantar lentamente la colgadura, la rasga con ademán soberbio y se encuentra frente a frente con Valentina.

Por último, ya ha llegado el gran dúo que se canta *allegro vivace*. Raúl no aguarda las preguntas de Valen-

tina, ni Valentina las respuestas de Raúl. El pasaje adorable:

*Llega la hora,
Mi honor me llama*

se convierte en uno de esos rápidos *dos por cuatro* que tanta fama han dado a Offenbach, cuando hace bailar a los conjurados. El *andante amoroso*:

*¿Conque me amas?... Esta palabra
Vierte en mi pecho suave contento*

Valentina no puede prolongar la nota. Se ve que la devora un fuego insólito. Cada *si* y cada *do* que lanza fuera del alcance natural ostenta un brillo tremendo. El se agita, gesticula y está abrasado.

Se oye la campana que resuena, pero ¡qué campana! El que la toca debe estar fuera de sí. Es un toque espantoso que lucha con ímpetu con los furiosos de la orquesta.

Por último la estreta que va a terminar tan magnífico acto:

*En tu presencia todo lo olvido,
Y, aunque me agobie infausta suerte,
Sabré a tus plantas sufrir la muerte,*

que el compositor indica *allegro con moto*, se lleva con *prestissimo* desenfrenado, asemejándose a un tren que corre. Se oye de nuevo el repique. Valentina cae desmayada y Raúl se tira por la ventana.

Ya era tiempo, la orquesta, realmente embriagada, no hubiera podido proseguir. La batuta del jefe ya no es más que una varilla hecha pedazos sobre la concha del apunador. Las cuerdas de los violines están rotas y los mangos retorcidos. En su furor, el timbalero ha reventado los timbales. El contrabajo está montado sobre su instrumen-

to sonoro. El primer clarinete se ha tragado el estrangul de su instrumento y el segundo oboe masca entre sus dientes la lengüeta de caña. La corredera del trompón está falseada, y, por último, el desgraciado trompa no pue-



La gente se aglomera y amontona para salir; los hombres sin sombrero; las mujeres sin manto... (Pág. 44.)

dé retirar la mano, que ha hundido demasiado en el pabellón de aquélla.

¿Y el público? El público jadeante, inflamado, gesticula, aúlla. Todos los rostros están rojos, como si un incen-

dió hubiera abrasado los cuerpos en el interior. La gente se aglomera y amontona para salir; los hombres sin sombrero; las mujeres sin manto; se atropellan en los corredores, chocan contra las puertas, disputan y se pegan. Ya no hay autoridades. Ya no hay burgomaestre. Todos son iguales ante aquella sobreexcitación infernal.

Y algunos instantes después, cuando cada cual está en la calle, todos recobran su calma habitual y entran pacíficamente en su casa con el recuerdo confuso de lo que han experimentado.

En el cuarto acto de *Los Hugonotes*, que duraba otras veces seis horas, principiado aquella tarde a las cuatro y media, estaba terminado a las cinco menos doce.

¡Había durado diez y ocho minutos!

VIII

EN QUE EL ANTIGUO Y SOLEMNE VALS ALEMÁN SE VUELVE TORBELLINO

Pero si los espectadores, después de abandonar el teatro, recobraron su calma habitual; si volvieron pacíficamente a sus casas sin conservar más que un atolondramiento pasajero, no habían dejado de sufrir una exaltación extraordinaria; y anonadados, rendidos, como si hubieran cometido algún exceso en la comida, cayeron pesadamente en sus lechos.

Al día siguiente tuvieron todos una especie de recuerdo de lo ocurrido la víspera. En efecto, al uno le faltaba el sombrero, perdido en la zambra; al otro el faldón de la levita, rasgado en la pelea; a ésta su fino zapato de raso, a aquélla su manto de los días de fiesta. Volvió la memoria a aquellos honrados ciudadanos y con la memoria cierta vergüenza de su incalificable efervescencia. Les aparecía todo como una orgía de la cual hubieran sido héroes inconscientes. Ni lo mencionaban ni querían pensar

en ello. Pero el personaje más aturdido de la ciudad era el burgomaestre van Tricasse. Cuando al día siguiente se despertó, no pudo hallar la peluca. Lotche había buscado por todas partes. Nada. La peluca se había quedado en el campo de batalla. En cuanto a hacerla reclamar por Juan Mistrol, el pregonero, no. Valía más sacrificarla que exhibirse de tal suerte, teniendo la honra de ser el primer magistrado de la ciudad.

El digno van Tricasse reflexionaba metido entre sábanas, ardiente el pecho. No sentía gana alguna de levantarse, al contrario, y su cerebro trabajó aquella mañana más que en cuarenta años. El honorable magistrado coordinaba en su mente todos los incidentes de tan inexplicable representación. Los comparaba con los hechos ácaecidos en casa del doctor Ox y buscaba las razones de esa singular excitabilidad que por dos veces acababa de declararse entre sus más recomendables administrados.

—¿Pero qué ocurre?—decía para sí—. ¿Qué vértigo es ese que se ha apoderado de mi pacífica ciudad de Quiquendon? ¿Es que vamos a volvernos locos y habrá que convertir la ciudad en un vasto manicomio? ¿Por qué, en fin, ayer estábamos allí notables, consejeros, jueces, abogados, médicos, académicos y todos, si la memoria no me es infiel, hemos pasado por ese acceso de furiosa vehemencia? Pero ¿qué había, pues, en aquella música infernal? Es inexplicable. Sin embargo, yo no había comido ni bebido nada que pudiera producir en mí semejante excitación. No. Algo hay que no puedo explicarme, y como, en suma, soy el responsable de los actos de mis administrados, mandaré hacer una indagatoria.

Pero la indagatoria, decretada por el Consejo municipal, no produjo resultado alguno. Si los hechos eran patentes, sus causas escaparon a la sagacidad de los magistrados. Por otro lado, la calma se había restablecido en los ánimos y con la calma vino el olvido de los excesos. Los periódicos de la localidad se abstuvieron de hablar de ello, y la reseña de la representación, que apareció en *El Me-*

morial de Quiquendon, no hizo alusión alguna a la sobreexcitación febril de la concurrencia entera.

Pero si entretanto la ciudad volvió a su flema habitual, si tornó a ser, al menos en apariencia, flamenca como antes, conociáse que en el fondo el carácter y el temperamento de sus habitantes se iban poco a poco modificando. Hubiera podido decirse con verdad, según la expresión del médico Domingo Custos, «que les nacían los nervios».

Expliquémonos, sin embargo. Este cambio evidente, por nadie contradicho, sólo se presentaba con ciertas condiciones. Cuando los quiquendonenses iban por la calle, al aire libre, por las plazas y a lo largo del Vaar, seguían siendo aquellas buenas gentes frías y metódicas, de antiguo conocidas. Asimismo, cuando se confinaban en su morada, dedicándose a sus trabajos manuales y otros a los de inteligencia, ni los unos hacían nada, ni los otros discurrían lo más mínimo. Su vida privada era silenciosa, inerte, vegetativa como siempre. Ni había reyertas ni reproches en las familias, ni aceleración de palpitaciones en el corazón, ni excitación alguna de la medula encefálica. El promedio de las pulsaciones seguía siendo el de los buenos tiempos, de cincuenta a cincuenta y dos por minuto.

Pero, fenómeno absolutamente inexplicable, que hubiera dejado burlada la sagacidad de los fisiólogos más ingeniosos de la época, si los habitantes de Quiquendon no se modificaban en su vida común, con motivo de las relaciones que entre los individuos se establecen.

Así es que si se reunían en un edificio público, «ya no andaba la cosa bien» como decía el comisario Passauf. En la bolsa, en la casa consistorial, en el anfiteatro de la Academia, en las sesiones del Consejo, en las reuniones de los doctos, se producía una especie de revivificación o sobreexcitación singular, que se apoderaba de los asistentes. Al cabo de una hora las relaciones ya eran agrias. A las dos horas la discusión degeneraba en disputa. Las ca-

bezas se calentaban y se acudía a los personalismos. En la iglesia misma, durante el sermón, los fieles no podían oír con sangre fría al pastor van Stebel, que, agitándose en el púlpito, los amonestaba con más severidad que de costumbre. En fin, este estado de cosas trajo nuevos altercados ¡ay! más graves que el del médico Custos con el abogado Schut, y si no fué necesaria nunca la intervención de la autoridad, debíase a que los pendencieros, una vez en su casa, hallaban allí con la calma el olvido de las ofensas hechas y recibidas.

Sin embargo, esa particularidad no había podido llamar la atención de unos entendimientos absolutamente incapaces de reconocer lo que pasaba en ellos. Sólo un personaje de la ciudad, aquel mismo cuyo cargo pensaba el Consejo en suprimir al cabo de treinta años, el comisario civil, Miguel Passauf, había observado que la excitación, nula en las casas particulares, se revelaba pronto en los edificios públicos, y discurría, no sin cierta ansiedad, sobre lo que acontecería si algún día se propagase ese frenesí por las moradas de los habitantes, y si la epidemia—así la llamaba—se esparcía por las calles de Quiquendon. Entonces ya no habría olvido de injurias ni interminencias de delito, sino una locura permanente que lanzaría de seguro a los quiquendonenses unos contra otros.

—¿Y qué pasaría?—decía para sí con espanto el comisario Passauf—. ¿Cómo contener tan salvajes furores? ¿Cómo tener a raya los temperamentos ardientes? Entonces mi cargo ya no será una sinecura y habrá precisión de que el Consejo duplique mi sueldo... a no ser que me tengan que prender a mí mismo por infracción y perturbación del orden público.

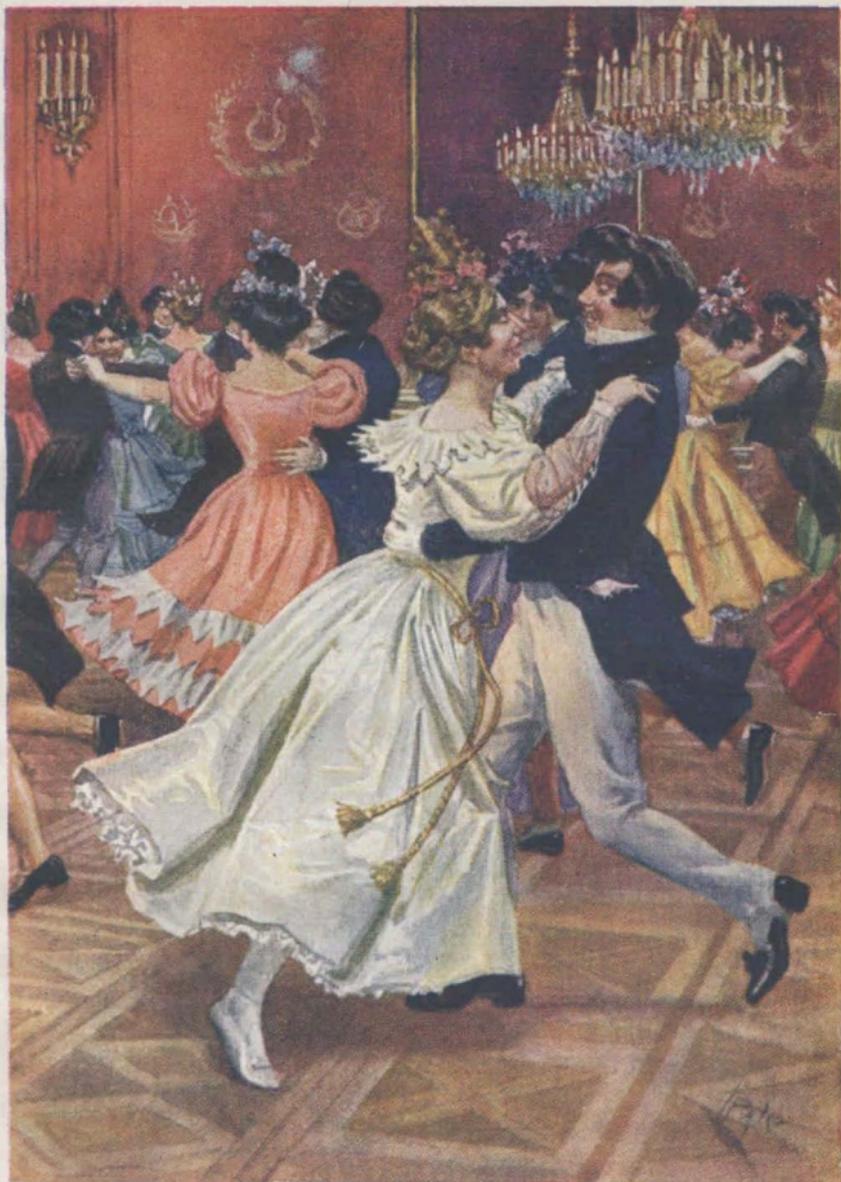
Ahora bien, estos justísimos temores no tardaron en realizarse. De la Bolsa, del templo, del teatro, de la casa consistorial, de la Academia, del mercado, el mal invadió las casas particulares y esto en menos de quince días, después de la terrible representación de *Los Hugonotes*.

Los primeros síntomas de la epidemia se declararon en casa del banquero Collaert.

Este rico personaje daba un baile, o al menos un sarao, a las notabilidades de la ciudad. Había emitido, algunos meses antes, un empréstito de treinta mil francos, que se cubrió en sus tres cuartas partes, y en reconocimiento de este éxito financiero había abierto sus salones y dado una fiesta a sus compatriotas.

Sabido es lo que son esas reuniones flamencas, puras y tranquilas, en las cuales hacen todo el gasto la cerveza y los jarabes. Algunas conversaciones sobre el tiempo que hace, el aspecto de la cosecha, el buen estado de los jardines, el cultivo de las flores y sobre todo de los tulipanes; decuando en cuando una danza lenta y acompañada como un minué; a veces un vals, pero uno de esos vales alemanes que no dan más que una vuelta y media por minuto y durante los cuales los que bailan se hallan uno tan lejos de otro como los brazos lo permiten; tales eran las circunstancias ordinarias de los bailes a que concurría la alta sociedad de Quiquendon. Se había intentado aclimatar la polka después de ponerla a cuatro tiempos, pero las parejas siempre se retrasaban a la orquesta, por lento que fuese el compás, de modo que hubo necesidad de renunciar a ella.

Aquellas reuniones pacíficas en que los jóvenes y doncellas hallaban placer honesto y moderado, nunca habían producido escándalos funestos. ¿Por qué, entonces, aquella noche, en casa del banquero Collaert, los jarabes parecieron transformarse en vinos espirituosos, en Champagne chispeante y en incendiario ponche? ¿Por qué a mitad de fiesta se apoderó de todos los convidados una especie de inexplicable embriaguez? ¿Por qué se convirtió el minué en tarantela? ¿Por qué los músicos de la orquesta apresuraron el compás? ¿Por qué las bujías alumbraron como en el teatro con brillo insólito? ¿Qué corriente eléctrica era la que invadía los salones del banquero? ¿De dónde provino que las parejas se acercaron, que las manos



Aquellas reuniones pacíficas en que los jóvenes y doncellas hallaban placer honesto y moderado, nunca habían producido escándalos funestos... (Pág. 48.)

EXPERIMENTO.—4

se estrecharon con más convulsivo apretón y que los caballeros, en sus solos, se distinguieron por algunos pasos atrevidos, durante aquella pastorela antes tan grave, tan solemne, y majestuosa?

—¡Ay! ¿Cuál sería el Edipo que pudiera responder a tan insolubles cuestiones? El comisario Passauf, que asistía al sarao, veía muy bien que la borrasca se acercaba, mas no podía dominarla, porque sentía como una embriaguez que le subía al cerebro. Todas sus facultades físicas y pasionales se desarrollaban y se le vió diferentes veces echarse sobre los dulces y limpiar los platos como si hubiera salido de una larga dieta.

Entre tanto la animación del baile aumentaba. Un largo murmullo, como un zumbido sordo, se exhalaba de todos los pechos. Se bailaba de veras, agitándose los pies con creciente frenesí. Los rostros se encendían cual faxes de Selene. Los ojos brillaban como carbunclos. La fermentación general llegaba a su colmo.

Y cuando la orquesta entonó un vals de *Freyschutz*, cuando este vals tan alemán y de movimiento tan lento fué atacado con desenfrenado brazo por los músicos, ¡ah!, ya no fue vals sino un torbellino insensato, una rotación vertiginosa, un giro digno de ser conducido por algún Mefistófeles que llevase el compás con un tizón ardiendo. Después un galop, un galop infernal durante una hora, sin poder desviarlo ni suspenderlo, desatado en revueltas por entre salas, salones, antesalas y escaleras, desde el sótano hasta el desván de la opulenta mansión, que arrastró a los mozos y doncellas, padres, madres, individuos de toda edad, de todo peso y de todo sexo, y al grueso banquero Collaert y a la señora Collaert y a los consejeros y a los magistrados y al gran juez, y a Niklause y a la señora de van Tricasse y al burgomaestre van Tricasse y al comisario Passauf, quien jamás pudo acordarse con quién bailó aquella noche.

Pero *ella* no lo olvidó. Y aquella noche *ella* vió en sueños al fogoso comisario. ¡Y *ella* era la amable Tatane-mancia!



Después un galop, un galop infernal durante una hora, sin poder desviarlo ni suspenderlo... (Pág. 49.)

IX

DONDE EL DOCTOR OX Y SU PREPARADOR YGENE SE DICEN ALGUNAS PALABRAS

—¿Y bien, Ygene?

—Todo está dispuesto, maestro. La colocación de tubos ha terminado.

—¡Por fin! Ahora vamos a proceder en grande y sobre las masas.

X

EN EL CUAL SE VERÁ QUE LA EPIDEMIA INVADE LA POBLACIÓN ENTERA Y EL EFECTO QUE PRODUCE

Durante los meses que siguieron, la epidemia, en vez de decrecer, no hizo más que extenderse. Desde las casas particulares, pasó a las calles. La ciudad de Quiquendon estaba desconocida.

Y, fenómeno más extraño aún que los observados hasta entonces, no solamente el reino animal sino el vegetal también, estaban sometidos a esta influencia. Según el curso ordinario de las cosas, las epidemias son especiales, las que atacan al hombre no se ceban en los animales, y las que persiguen a éstos no atacan a los vegetales. Jamás se ha visto a un caballo con viruelas, ni a un hombre con peste bovina, así como los carneros no contraen las enfermedades de las patatas. Pero allí todas las leyes de la naturaleza parecían transformadas. No tan sólo se habían modificado el temperamento, el carácter y las ideas de los quiquendonenses, sino que los animales domésticos, perros, gatos, bueyes o caballos, asnos o cabras, sufrían aquella influencia epidémica, como si su medio habitual se hubiera cambiado. Las mismas plantas «se emancipaban», si se nos permite esta expresión.

En efecto, en los jardines, en las huertas, en los vergeles se manifestaban síntomas sumamente curiosos. Las plantas trepadoras «trepaban» con más audacia, los matorrales se hacían más espesos, los arbustos se tornaban árboles. Las semillas apenas sembradas ostentaban su verde brote y en igual transcurso de tiempo alcanzaban en pulgadas lo que antes y en las circunstancias más favorables crecían en líneas. Los espárragos llegaban a dos pies de altura; las alcachofas se hacían tan gruesas como me-

lones, los melones como enormes calabazas y las calabazas llegaban al tamaño de la campana mayor, que media nueve pies de diámetro. Las berzas se tornaban arbustos y las setas paraguas.

Las frutas no tardaron en seguir el ejemplo de las verduras. Se necesitaban dos personas para comer una fresa y cuatro para una pera. Los racimos de uvas eran todos iguales al pintado tan admirablemente por el Poussin en su *Regreso de los enviados a la Tierra Prometida*.

Lo mismo acontecía con las flores; las dilatadas violetas esparcían por el aire penetrantes perfumes; las rosas exageradas brillaban con los colores más vivos; en pocos días, las lilas, las cameliás, y las magnolias invadían los paseos, se ahogaban las unas con las otras. El hocino no cesaba un instante, y los tulipanes, esas queridas liliáceas que son la delicia de los flamencos, ¡qué hondas emociones causaron a los aficionados! El digno Bistrom por poco cae un día de espaldas al ver en su jardín una simple *Tulipa gesneriata* enorme, gigantesca, monstruosa, cuyo cáliz servía de nido a toda una familia de pitirrojitos.

La ciudad entera acudió para ver aquella flor fenomenal y le dió el nombre de *Tulipa quiquendonia*.

Mas ¡ay! si aquellas plantas, si aquellas frutas, si aquellas flores crecían a ojos vistas, si todos los vegetales afectaban tomar proporciones colosales, si la viveza de los colores y de los perfumes embriagaba la vista y el olfato, en cambio se marchitaban, no tardaban en perecer agostadas, abrasadas.

Tal fué la suerte del famoso tulipán, que se marchitó después de algunos días de esplendor.

Pronto sucedió lo mismo con los animales domésticos, desde el perro de la casa hasta el cerdo del establo, desde el canario enjaulado hasta el pavo del corral.

Y es de notar que estos animales, en épocas ordinarias, eran tan flemáticos como sus amos. Perros o gatos vegetaban más bien que vivían, no descubríase en ellos nun-



ca ni un estremecimiento de placer, ni un movimiento de cólera.

Los rabos estaban tan quietos como si fueran de bronce. Desde tiempo inmemorial no se citaba ni una mordedura ni un arañazo. En cuanto a los perros rabiosos eran tenidos por bestias imaginarias, dignas de figurar entre los grifos y los animales del Apocalipsis.

Mas durante aquellos meses cuyos menores sucesos tratamos de registrar, ¡qué cambio! Perros y gatos comenzaron a enseñar dientes y zarpas, y fué preciso llevar a

cabo algunas ejecuciones a consecuencia de ataques reiterados. Por primera vez se vió que un caballo se desbocaba por las calles de Quiquendon, que un buey acometía contra uno de sus congéneres, que un asno se caía patas arriba en la plaza de San Ernulfo dando rebuznos que ya no tenían nada de «animal», y que un carnero defendía valientemente contra la cuchilla del carnicero las costillas que llevaba dentro de sí mismo.

El burgomaestre van Tricasse tuvo que promulgar edictos de policía concernientes a los animales domésticos, que, atacados de locura, daban poca seguridad a las calles de Quiquendon.

Pero ¡ay! si locos eran los animales, no se mostraban más cuerdos los hombres. Ninguna edad fué respetada por la epidemia.

Los niños se hicieron muy pronto insoportables, ellos antes tan fáciles de criar, y por la vez primera el gran juez Honorato Syntax tuvo que dar azotes a su tierna progenitura.

En el colegio hubo una especie de motín, y los diccionarios trazaron deplorables trayectorias en las clases. Ya no podía tenerse a los alumnos encerrados, y, por otra parte, la sobreexcitación alcanzaba también a los profesores mismos, que los abrumaban con tremendos castigos.

¡Otro fenómeno! Todos los quiquendonenses, tan sobrios hasta entonces y que hacían de las natillas su alimento principal, hacían verdaderos excesos de comida y bebida. Su régimen ordinario no bastaba, cada estómago se cambiaba en sumidero, y era preciso llenarlo por los medios más enérgicos. El consumo de la ciudad se triplicó, y en vez de dos comidas se hacían seis. Hubo, por consiguiente, numerosas indigestiones. El consejero Niklausse no podía saciar su hambre, ni el burgomaestre van Tricasse apagar su sed, y no salía ya de una especie de semiembriaguez.

En fin, los síntomas más alarmantes se manifestaron y multiplicaron de día en día.

Se encontraron borrachos por las calles, y entre ellos, con frecuencia, los notables de la ciudad.

Las gastralgias dieron enorme trabajo al médico Domingo Custos, así como las neuritis y neuroflogosis, lo



cual demostraba hasta qué grado de irritabilidad habían llegado los nervios de la población.

Hubo reyertas y altercados diarios en las calles de Quiquendon, antes desiertas, hoy tan frecuentadas, porque nadie se podía estar quieto en casa.

Fué necesario crear una policía nueva para contener a los perturbadores del orden público.

Se instaló una prevención en la casa consistorial, y se vió poblada de día y de noche. El comisario Passauf estaba ya hasta la coronilla.

Se arregló un matrimonio en menos de dos meses, lo cual jamás se había visto. Sí, el hijo del maestro Rupp se casó con la hija de la bella Agustina de Rovere, y esto nada más que cincuenta y siete días después de haber pedido su mano.

Se decidieron otros casamientos que antiguamente hubieran estado en proyecto años enteros. El burgomaestro no salía de su asombro, y estaba viendo que su hija, la encantadora Suzel, se le iba a escapar de las manos.

En cuanto a la querida Tatanemancia, se había atrevido a pensar en el comisario Passauf, como esperanza de un enlace que le parecía reunir todos los elementos de la felicidad, fortuna, honra y juventud.

En fin, hubo, para colmo de abominación, un duelo. ¡Un duelo en Quiquendon! ¡Sí, un desafío a pistola de arzón a setenta y cinco pasos y balas libres! ¿Y entro quién? No le creerán nuestros lectores.

Entre Frantz Niklause, el apacible pescador de caña, y el hijo del opulento banquero, el joven Simón Collaert.

Y la causa de ese duelo era la hija del burgomaestre, de la cual estaba Simón perdidamente enamorado y no quería acceder a las pretensiones de un rival audaz.

XI

DONDE LOS QUIQUENDONENSES TOMAN UNA RESOLUCIÓN HEROICA

Ya vemos en cuán deplorable estado se encontraba la población de Quiquendon. Las cabezas fermentaban. No se conocía ni reconocían unos a otros. Las gentes más

pacíficas se tornaron pendencieras. Bastaba mirarse de reojo para enviar en seguida los padrinos. Algunos se dejaron crecer el bigote, y los más revoltosos se los retorcieron a modo de gancho.

En semejantes circunstancias, la administración de la ciudad y el mantenimiento del orden en las calles y edificios públicos ofrecían gran dificultad, porque los servicios no se habían organizado para tal estado de cosas. El burgomaestre, aquel digno van Tricasse, a quien hemos conocido tan apacible, tan apocado, tan incapaz de adoptar decisiones, estaba siempre encolerizado. Su casa retumbaba con sus gritos de energúmeno. Dictaba veinte bandos al día, reconvenía a sus agentes a todas horas, estaba dispuesto a ejecutar por sí mismo los actos de su administración.

¡Ah! ¡Qué transformación! Amable y tranquila casa del burgomaestre, buena habitación flamenca, ¿dónde estaba su antigua calma? ¡Qué escenas domésticas ocurrían ahora! La señora van Tricasse se había vuelto adusta, caprichosa y gruñona. Su marido lograba apagar su voz gritando más que ella, pero no podía hacerla callar. El humor irascible de esa buena señora se descargaba sobre cuanto se le ponía delante. Nada iba bien. El servicio no se hacía. Para todo se tardaba. Acusaba a Lotche y aun a la propia Tatanemancia, quien con no menos agriado humor, le respondía con acritud. Era natural que el señor van Tricasse defendiera a su criada Lotche, como sucede en muchas familias. De aquí la exasperación permanente de la señora del burgomaestre, reprimendas, discusiones, disputas, escenas que nunca terminaban.

—Pero ¿qué es lo que nos pasa?—preguntaba el desgraciado burgomaestre—. ¿Cuál es ese fuego que nos devora? ¿Estamos acaso poseídos del demonio? ¡Ah! ¡Señora van Tricasse, señora van Tricasse, acabarás por hacerme morir antes que tú, faltando a las tradiciones de familia!

Porque el lector no habrá olvidado esa extraña parti-

cularidad de tener que enviudar el señor van Tricassé y volver a casarse para no romper el encadenamiento de las conveniencias.

Esta disposición de los ánimos produjo además otros efectos bastante curiosos que importa conocer. Aquella sobreexcitación, cuya causa todavía desconocemos, ocasionó regeneraciones fisiológicas que nadie hubiera esperado. Brotaron de la multitud talentos hasta entonces ignorados. Se revelaron nuevas aptitudes. Hasta los medianos artistas mostráronse bajo otro aspecto. Aparecieron ingenios, lo mismo en la política como en las letras. Se formaron oradores en medio de las más arduas controversias y en todas las cuestiones inflamaron a un auditorio perfectamente dispuesto, por lo demás, a inflamarse. De las sesiones del Consejo, el movimiento se transmitió a las reuniones públicas, y se fundó un club en Quiquendon, mientras que veinte periódicos, entre ellos *El Vigia de Quiquendon*, *El Imparcial de Quiquendon*, *El Radical de Quiquendon*, *El Intransigente de Quiquendon*, escritos con encarnizamiento, suscitaban las mas graves cuestiones sociales.

—¿Pero a propósito de qué?—se dirá.

A propósito de todo y de nada; a propósito de la torre de Audenarde que se inclinaba y que unos querían derribarla y otros enderezarla; a propósito de los bandos de policía que promulgaba el Consejo, y a los cuales pretendían resistir las malas cabezas; a propósito del barrido, del riego, de las cunetas y de las alcantarillas, etc. ¡Y si a lo menos los fogosos oradores no la hubieran emprendido más que con la administración interior de la ciudad! Pero no; arrastrados por la corriente, debían ir más allá, y, si la Providencia no intervenía, impeler, precipitar a sus semejantes en los azares de la guerra.

En efecto, hacía ochocientos o novecientos años que Quiquendon se había reservado un *casus belli* importantísimo, pero lo guardaba precisamente como una reliquia y había probabilidades de que ya no sirviese para nada.

He aquí cómo se había producido ese *casus belli*.

Se ignoraba generalmente que Quiquendon está cerca de ese buen rincón de Flandes que es la pequeña ciudad de Virgamen. Los territorios de ambos Consejos confinan uno con otro.

Ahora bien, en 1185, algún tiempo antes de la partida del conde Balduino para las Cruzadas, una vaca de Virgamen, no la de un habitante, sino una vaca del Consejo, fijese bien la atención en ello, se fué a pastar en el territorio de Quiquendon. Apenas había el desgraciado ruminante «despuntado la hierba en un trecho largo cual su lengua»; pero el delito, el abuso quedó debidamente consignado en juicio verbal, porque en aquella época los magistrados comenzaban apenas a saber escribir.

—Nos vengaremos cuando sea ocasión—dijo simplemente Natalis van Tricasse, el trigésimo segundo predecesor del burgomaestre actual—, y los virgameneses nada perderán por esperar.

Los virgameneses estaban prevenidos. Aguardaron pensando, no sin razón, que el recuerdo de la injuria se debilitaría con el tiempo; y en efecto, durante algunos siglos vivieron en buenas relaciones con sus vecinos de Quiquendon.

Pero no contaban con la huéspedea, o. por mejor decir, con esa extraña epidemia que, cambiando radicalmente el carácter de sus vecinos, despertó en los corazones la adormecida venganza.

En el club de la calle Monstrelet fué donde el fogoso abogado Schut, lanzando bruscamente la cuestión a la faz de sus oyentes, los apasionó empleando las expresiones y metáforas de costumbre en estas circunstancias. Recordó el delito y el agravio hecho a Quiquendon, y para el cual «una nación celosa de sus derechos» no podía admitir prescripción. Mostró la injuria siempre viva, la llaga siempre sangrando; habló de ciertos encogimientos de hombros peculiares de los habitantes de Virgamen, y que indicaban el desprecio en que tenían a los de Quiquendon; supli-

có a sus compatriotas que, «inconscientemente» quizá, habían sufrido durante tantos siglos el inmortal ultraje; rogó a los hijos de la vieja ciudad que ya no tuviesen «otro objeto» que el de alcanzar una reparación ruidosa. En fin, se hizo un llamamiento a todas «las fuerzas vivas» de la nación.

El entusiasmo con que estas palabras tan nuevas para los oídos quiquendonenses fueron acogidas se siente, pero no es posible explicarlo. Todos los oyentes se levantaron y con los brazos extendidos pedían la guerra a voz en grito. Nunca había obtenido el abogado Schut tan notable triunfo, y es necesario confesar que fué brillantísimo.

El burgomaestre, el consejero, todos los notables que asistían a la memorable sesión hubieran inútilmente tratado de resistir al arrebato popular. Por otra parte, ni deseos tenían de ello, y, si no más, al menos tan alto como los otros gritaban:

—¡A la frontera! ¡A la frontera!

Y como la frontera no estaba más que a tres kilómetros de los muros de Quiquendon, los virgameneses corrían un verdadero peligro, puesto que hubieran podido ser invadidos antes de haber tenido el tiempo de conocerse.

Entretanto, el honorable farmacéutico José Liefrink, que había conservado su sangre fría en tan graves circunstancias, quiso hacer comprender que se carecía de fusiles, cañones y generales.

Le respondieron, no sin algunas inyectivas, que esos generales, cañones y fusiles, se improvisarían, que el derecho y el amor patrio bastaban para hacer a un pueblo irresistible.

El burgomaestre tomó la palabra sobre el mismo asunto, y en una improvisación sublime increpó a esas gentes pusilánimes que disfrazan el miedo bajo el velo de la prudencia, velo que él rasgaba con patriótica mano.

En aquel momento se hubiera creído que el salón se iba a hundir bajo los aplausos.

Se pidió la votación.

El proyecto se aprobó por aclamación, y los gritos redoblaron.

—¡A Virgamen! ¡A Virgamen!

El burgomaestre se comprometió entonces a poner los ejércitos en movimiento, y en nombre de la ciudad prometió al futuro vencedor los honores del triunfo, como se hacía en tiempo de los Romanos.

Entre tanto, el farmacéutico José Liefrink, que era algo tozudo, y que no se daba por vencido, aunque ya lo estaba realmente, quiso hacer todavía una observación. Recordó que en Roma no se concedía el triunfo a los generales sino después de haber matado a cinco mil enemigos.

—¡Y qué! ¡Y qué!—gritó delirante la concurrencia.

—Pues sencillamente que la población de Virgamen no asciende más que a tres mil quinientos setenta y cinco habitantes, y, por consiguiente, sería difícil, a no ser que se matase muchas veces a la misma persona...

—Ciudadanos—dijo entonces el tendero de comestibles Pulmaher, que generalmente vendía especias al por menor—, ciudadanos, a pesar de lo dicho por ese cobarde boticario, yo me comprometo, ¡yo!, a matar cinco mil virgameneses, si queréis aceptar mis servicios...

—¡Cinco mil quinientos!—gritó un patriota más resuelto.

—¡Seis mil seiscientos!—repuso el tendero.

—¡Siete mil!—gritó el confitero de la calle de Hemlig, Juan Orbidek, que estaba haciendo su fortuna con los pasteles de crema.

—¡Rematado!—exclamó el burgomaestre van Tricasse, viendo que nadie pujaba más.

Ved aquí cómo el confitero Juan Orbidek se hizo general en jefe de las tropas de Quiquendon.

XII

EN EL CUAL EL PREPARADOR YGENE EMITE UNA OPINIÓN RAZONADA QUE EL DOCTOR OX RECHAZA CON ENERGÍA

—¡Y bien, maestro!—decía al día siguiente el preparador Ygene, echando cubos de ácido sulfúrico en la tina de sus enormes pilas.

—¡Y bien!—reponía el doctor Ox—. ¿No tenía yo razón? Vea usted en qué consiste, no tan sólo el desarrollo físico de toda una nación, sino también su moralidad, su dignidad, sus talentos, su sentido político. No es más que una cuestión de moléculas...

—Sin duda, pero...

—¿Pero qué?

—¿No le parece a usted que las cosas han llegado demasiado lejos y que no conviene sobreexcitar a esa pobre gente?

—¡No! ¡No!—exclamó el doctor—. ¡No! Iré hasta el fin.

—Como usted quiera, maestro; pero el experimento parece concluyente, y creo que ya es tiempo de...

—¿De qué?

—De cerrar la espita.

—¡Tendría que ver!—gritó el doctor Ox—. ¡Que se le ocurra a usted semejante desatino y le estrangulo!

XIII

EN QUE SE PRUEBA UNA VEZ MÁS QUE DESDE UN LUGAR ELEVADO SE DOMINAN TODAS LAS PEQUEÑECES

—¿Conque dice usted?...—preguntó el burgomaestre van Tricasse al consejero Niklausse.

—Digo que esta guerra es necesaria—respondió el con-

sejero con tono firme—, y que ya ha llegado el tiempo de vengar el ultraje que se nos hizo.

—Pues bien, yo le repito—dijo con acritud el burgo-
maestre—, le repito que si la ciudad de Quiquendon no



—Me insulta usted contradiciéndome en todo—exclamó el burgo-
maestre... (Fág. 64.)

se aprovecha de esta ocasión para reivindicar sus derechos, será indigna de su nombre.

—¡Y sostengo que debemos reunir sin tardanza nuestras cohortes y llevarlas adelante!

—¿De veras, eh, de veras? ¿Y es a mí a quien habla usted así?

—A usted mismo, señor burgomaestre, y tiene que oír la verdad, por dura que sea.

—El que tendrá que escucharla, es usted, señor consejero, porque mejor saldrá de mi boca que de la suya. Sí, señor, sí. Toda tardanza sería deshonrosa. Hace novecientos años que la ciudad de Quiquendon aguarda el momento de tomar su desquite, y, dígame lo que se quiera, marcharemos contra el enemigo.

—¡Ah! ¿La toma usted por ahí?—respondió irritado el consejero Niklausse—. Pues bien, marcharemos sin usted, si nos da la gana.

—El puesto de burgomaestre está en primera fila.

—Y el de consejero también.

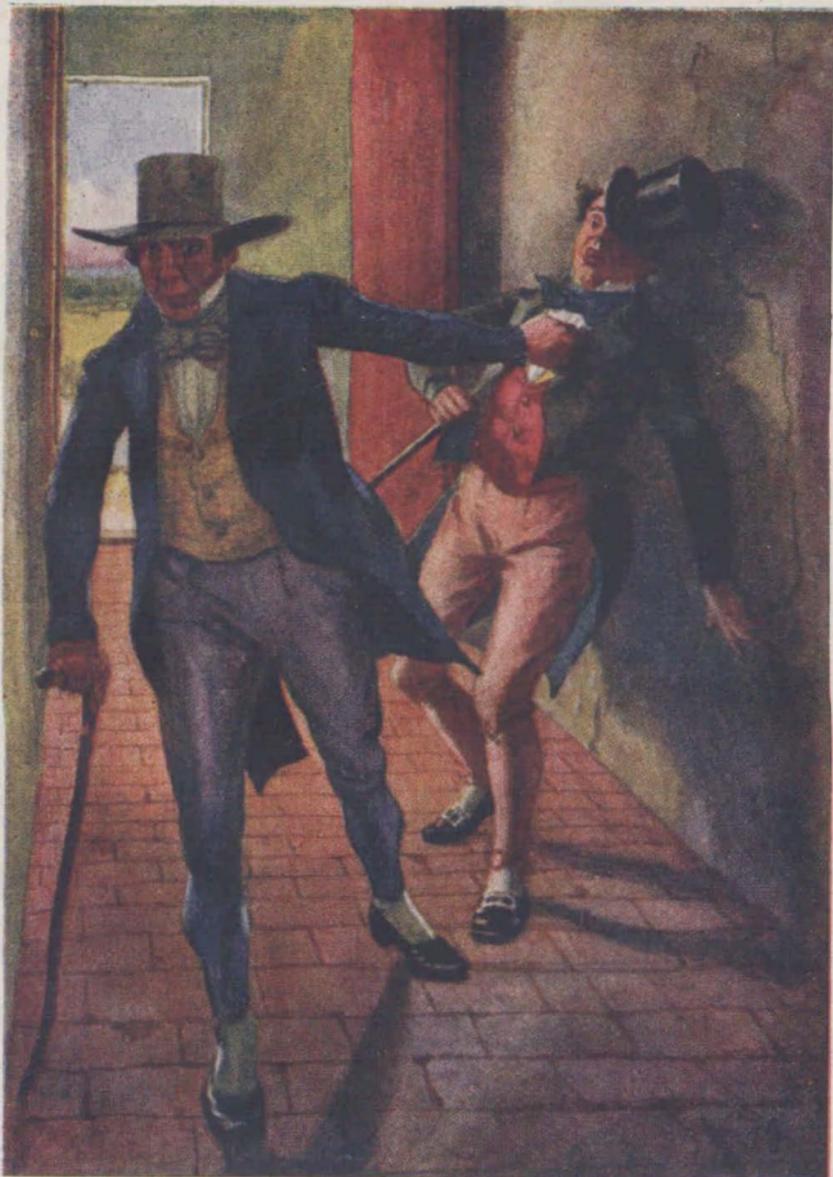
—Me insulta usted contradiciéndome en todo—exclamó el burgomaestre, cuyos puños tenían la tendencia a cambiarse en proyectiles de percusión.

—Y también usted me insulta al dudar de mi patriotismo—dijo Niklausse poniéndose a su vez en guardia.

—Le advierto, caballero, que el ejército quiquendonense se pondrá en marcha antes de dos días.

—Y le repito, caballero, que no pasarán cuarenta y ocho horas antes que marchemos contra el enemigo.

Fácil es observar por esta conversación que ambos sostenían exactamente la misma idea. Ambos querían la batalla, pero su excitación los inclinaba a disputar. Niklausse no escuchaba a van Tricasse y éste no escuchaba a Niklausse. No hubiera sido más violento el altercado aun cuando, opinando los dos en sentido contrario, en tan grave cuestión, quisiera uno la guerra y el otro la paz. Se lanzaban miradas de furor. Por el movimiento acelerado de su corazón, por su cara encendida, por sus pupilas fulgurantes, por el temblor de los músculos, por su voz, en la cual había hasta rugidos, se comprendía que estaban dispuestos a arrojarse uno sobre otro.



...dió un violento empujón a van Tricasse y se lanzó el primero por la obscura vía. (Pág. 66.)

EXPERIMENTO.—5

Pero sonó el enorme reloj, deteniendo esto a los adversarios en el momento en que iban a venir a las manos.

—Ya es la hora—exclamó el burgomaestre.

—¿Qué hora?—preguntó el consejero.

—La de ir al campanario.

—Es verdad, y, quiera usted o no, iré, caballero.

—Yo también.

—Salgamos.

—Salgamos.

Estas últimas palabras podían hacer suponer que se iba a verificar un lance y que los dos adversarios se dirigían al terreno del honor; pero no hubo nada de eso. Se había convenido que el burgomaestre y el consejero, que eran los dos notables más importantes, acudieran a la casa consistorial para subir a la torre y examinar desde ella el campo, a fin de tomar las mejores disposiciones estratégicas que pudieran asegurar la marcha de sus tropas.

Aunque los dos estaban de acuerdo sobre esto, no cesaron de disputar por el camino con más vituperable vivacidad. Se oyeron sus gritos resonar en la calle, pero, como todos los transeuntes hablaban en el mismo diapason, su acaloramiento parecía natural y no se les hacía caso. En tales circunstancias un hombre pacífico hubiera parecido un monstruo.

El burgomaestre y el consejero se hallaban en el paroxismo del furor cuando llegaron al pórtico del campanario. Ya no estaban encarnados sino pálidos. Aquella espantosa discusión, aunque ya estuvieran de acuerdo, había producido en sus vísceras algunos movimientos espasmódicos, y sabido es que la palidez denota el último límite de la cólera.

Al pie de la estrecha escalera de la torre, hubo una verdadera explosión. ¿Quién había de pasar el primero? ¿Quién treparía antes los peldaños de la escalera de caracol? La verdad nos obliga a decir que hubo un atropello y que el consejero Niklausse, olvidando todo lo que debía a su superior, el magistrado supremo de la ciudad, dió un vio-



lento empujón a van Tricasse y se lanzó el primero por la obscura vía.

Ambos subieron, primero a gatas dirigiéndose epítetos malsonantes. Era de temer que ocurriese un desenlace terrible en lo alto de la torre, que se alzaba a trescientos cincuenta y siete pies sobre el suelo. Pero los dos enemigos se cansaron pronto, y al cabo de un minuto, en el octogésimo escalón, ya no subían sino con pesadez, dando resoplidos.

Pero entonces—¿sería esto una consecuencia de su fatiga?—si la cólera no decayó, se tradujo por una sucesión de calificativos inconvenientes. Se insultaban, y, caso extraño, parecía que su exaltación disminuía a medida que se elevaban por encima de la ciudad. En su espíritu se verificaba una especie de aplacamiento, y descendían los hervores de su cerebro como los de una cafetera que se aparta del fuego. ¿Por qué?

No podemos responder a ese por qué, pero la verdad es que cuando llegaron a cierto descansillo, a doscientos sesenta y seis pies sobre el nivel de la población, los dos adversarios se sentaron y ya más sosegados se miraron sin rencor.

—¡Qué alto es esto!—exclamó el burgomaestre pasándose el pañuelo por su rubicunda faz.

—¡Mucho!—respondió el consejero—. Ya sabe usted que estamos a una altura mayor de catorce pies que la torre de San Miguel de Hamburgo.

—Ya lo sé—respondió el burgomaestre con un acento de vanidad perdonable a la primera autoridad de Quiquendon.

Al cabo de algunos instantes, los dos notables continuaban su marcha ascensional, dirigiendo una mirada curiosa al través de las aspilleras abiertas en la pared de la torre. El burgomaestre había pasado delante sin que el consejero hiciera ninguna observación. Pero a los trescientos cuarenta escalones, van Tricasse estaba completamente derrengado y Niklausse tuvo la amabilidad de empujarle suavemente por detrás. El burgomaestre aceptó este auxilio y cuando llegó a la plataforma de la torre dijo con amabilidad:

—Gracias, Niklausse, ya le corresponderé.

Poco antes eran dos fieras prontas a despedazarse al pie de la torre, y ahora dos amigos al llegar a la sumidad.

El tiempo era magnífico. Corría el mes de mayo y el sol absorbía todos los vapores. ¡Qué atmósfera tan pura y limpia! La mirada podía abarcar los objetos más dimi-

nutos en un espacio considerable. A algunas millas se divisaban los muros de Virgamen, resplandecientes de blancura, sus tejados rojos y sus campanarios salpicados de luz. ¡Y esa población era la predestinada a todos los horrores del saqueo y del incendio!

El burgomaestre y el consejero se habían sentado uno junto al otro, sobre un estrecho poyo, como dos buenas personas cuyas almas se confunden en profunda simpatía. Mientras descansaban contemplaban el paisaje, y después de algunos momentos de silencio el burgomaestre exclamó:

—¡Qué bello es esto!

—¡Oh! ¡Es admirable!—respondió el consejero—. ¿No le parece, amigo van Tricasse, que la humanidad está más bien destinada a residir en estas alturas que a arrastrarse por la corteza de nuestro globo?

—Pienso como usted, honrado Niklause. Aquí se experimenta mejor el sentimiento que se desprende de la Naturaleza, por todos los sentidos. En estas alturas es donde los filósofos deberían formarse y aquí es donde los sabios deberían vivir por encima de las miserias mundanas.

—¿Damos la vuelta a la plataforma?—preguntó al consejero.

—Demos la vuelta a la plataforma—respondió el burgomaestre.

Y los dos amigos, cogidos del brazo y haciendo largas pausas entre sus preguntas y respuestas, examinaron todos los puntos del horizonte.

—Hace lo menos diez y siete años que no había subido a esta torre—dijo van Tricasse.

—No creo haber subido nunca—respondió el consejero Niklause—, y lo siento, porque esto es un espectáculo sublime. Mire usted ese bonito afluente del Vaar cómo serpentea entre los árboles.

—Y más lejos las alturas de Santa Hermandad. ¡Qué preciosamente cierran el horizonte! Vea usted aquel festón de árboles verdes que la Naturaleza ha dispuesto tan

pintorescamente. ¡Ah! ¡La Naturaleza, la Naturaleza, Niklausse! ¿Puede jamás competir con ella la mano del hombre?

—Esto es encantador, mi excelente amigo. Repare usted en aquellos rebaños que pastan en las verdes praderas, aquellos bueyes, aquellas vacas, aquellas ovejas...

—¡Y aquellos labriegos que van al campo! Parecen pastores de la Arcadia y no les falta más que la zampoña.

—Y sobre todo esta fértil vega, y el hermoso cielo azul, no turbado por vapor alguno. ¡Ah! Niklausse, aquí nos volveremos poetas. No comprendo cómo San Simeón el Estilista no fué uno de los grandes poetas del mundo.

—Tal vez porque su columna no fué bastante alta—respondió el consejero con dulce sonrisa.

En aquel momento, el carillón se puso en movimiento y ejecutó uno de sus más armoniosos repiques. Los dos amigos se quedaron extáticos y después el burgomaestre dijo con voz tranquila:

—Pero, amigo Niklausse, ¿qué hemos venido a hacer en lo alto de esta torre?

—En efecto... nos estamos dejando llevar de nuestros ensueños—... respondió el consejero.

—¿Pero qué hemos venido a hacer aquí?—repitió el burgomaestre.

—Hemos venido—contestó Niklausse—, a respirar este aire puro, no viciado por las flaquezas humanas.

—¿Pues entonces bajamos ya, amigo Niklausse?

—Bajemos, amigo van Tricasse.

Los dos notables dirigieron la postrer mirada al espléndido panorama que se desarrollaba a su vista, y después, pasando primero el burgomaestre, comenzó a bajar con paso lento y mesurado. El consejero le seguía algunos escalones detrás: pero, cuando llegaron al rellano donde se habían detenido al subir, ya sus mejillas empezaban a teñirse de púrpura. Se pararon un instante y reanudaron luego su interrumpido descenso.

Al cabo de un minuto, van Tricasse suplicó a Niklausse

que moderase el paso, porque lo tenía sobre los talones y «esto le molestaba».

Aquello debió causarle algo más que molestia, porque veinte escalones más abajo, mandó al consejero que se detuviese para poder tomar alguna delantera.

El consejero respondió que no tenía ganas de quedarse con una pierna al aire por un capricho del burgomaestre, y prosiguió bajando.

Van Tricasse replicó con una alusión ofensiva sobre la edad del burgomaestre, destinado por sus tradiciones de familia a contraer segundas nupcias.

El burgomaestre bajó veinte escalones más, previniendo a Niklausse que las cosas no quedarían así.

El consejero contestó que él iba a pasar delante, y como la escalera era estrecha, hubo colisión entre los dos notables, que se encontraban entonces reunidos en profunda obscuridad.

Las palabras de estúpido y malcriado fueron las más suaves que se cruzaron.

—Ya veremos, animal—gritaba el burgomaestre—, ya veremos qué papel hará usted en esta guerra y en qué puesto se encontrará.

—En el que preceda al de usted, imbécil—respondía Niklausse.

Después lanzaron gritos y parecía que los cuerpos rodaban juntos.

¿Qué pasó? ¿Por qué aquellas disposiciones de ánimo rápidamente mudadas? ¿Por qué los corderos de la plataforma se convirtieron en tigres doscientos pies más abajo?

Sea lo que fuere, el guarda de la torre, al oír semejante alboroto, fué a abrir la puerta inferior, precisamente en el momento en que los adversarios, aporreados, y desorbitados los ojos, se arrancaban recíprocamente el pelo, que era, por fortuna, el de la peluca.

—¡Me dará usted una satisfacción!—exclamó el burgomaestre poniendo el puño debajo de las narices de su adversario.

—¡ Cuando usted quiera!—aulló el consejero Niklausse imprimiendo a su pie derecho un balanceo terrible.

El guarda, que también se había exasperado, sin saber por qué, consideró esta escena de provocación como muy natural. Yo no sé qué sobreexcitación personal le inclinaba a tomar parte en la querrela, pero se contuvo y se fué a propalar por todo el barrio que iba a haber un lance entre el burgomaestre van Tricasse y el consejero Niklausse.

XIV

DONDE LAS COSAS HAN LLEGADO TAN LEJOS QUE LOS HABITANTES DE QUIQUENDON, LOS LECTORES Y HASTA EL AUTOR, RECLAMAN UN DESENLAZADO INMEDIATO.

Este último incidente demuestra el grado de exaltación en que se hallaba la población quiquendonense. ¡ Haber llegado a tal violencia los dos más antiguos y pacíficos amigos de la ciudad! ¡ Y esto sólo algunos minutos después que su amable instinto y su temperamento contemplativo acababan de recobrar su imperio, sobre lo alto de la torre!

Al saber lo que ocurría no pudo el doctor Ox contener su alborozo. Se resistía a las observaciones de su preparador, que veía el mal sesgo que iban tomando las cosas. Por lo demás, ambos participaban de la exaltación general, y, aunque menos excitados que el resto de la población, llegaron a reñir exactamente igual que el burgomaestre con el consejero.

Empero, preciso es decir que la cuestión dominante había hecho aplazar todos los lances personales hasta que estuviera resuelto lo que tenían pendiente con la ciudad de Virgamen. Nadie tenía el derecho de verter su sangre inútilmente cuando pertenecía hasta la última gota a la patria en peligro.

En efecto, las circunstancias eran graves y no era posible retroceder.

El burgomaestre van Tricasse, a pesar del ardor bélico que le animaba, no había creído deber atacar a su enemigo sin prevenirle. Por consiguiente había encargado al guarda-jurado Hittering que intimase a los virgameneses le diesen una reparación por el desafuero cometido contra ellos.

Las autoridades de Virgamen no adivinaron al principio de lo que se trataba, y el guarda-jurado, a pesar de su carácter oficial, fué despedido con cajas destempladas.

Van Tricasse envió entonces a uno de los ayudantes del general confitero, el ciudadano Hildeberto Shumann, fabricante de caramelos de cebada, hombre muy firme y enérgico que llevó a los habitantes de Virgamen copia del proceso incoado en 1195 por orden del burgomaestre Natalis van Tricasse.

Las autoridades de Virgamen prorrumpieron en carcajadas e hicieron con el ayudante exactamente lo mismo que con el guarda-jurado.

El burgomaestre reunió entonces a todos los notables de la ciudad, se redactó admirable y vigorosamente una carta en forma de ultimátum, en el cual se formulaba el *casus belli*, y se dió a la ciudad culpable un plazo de veinticuatro horas para reparar el ultraje inferido a Quiquendon.

Salió la carta, y volvió dos horas después, rasgada en trozos que constituían otros tantos insuitos nuevos. Los virgameneses conocían desde largos años la longanimidad de los quiquendonenses y se burlaban de ellos, de su reclamación, de su *casus belli* y de su ultimátum.

Ya no quedaba, pues, más remedio que apelar a la suerte de las armas, invocar al dios de las batallas, y, según el procedimiento prusiano, arrojarse sobre los virgameneses antes que estuvieran preparados.

Esto fué lo que dicidió el Consejo en una sesión solemne en que los gritos, las invectivas, los gestos amenaza-

dores, se cruzaron con violencia sin ejemplo. Una asamblea de locos, una reunión de poseídos, un club de endemoniados no hubieran promovido mayor tumulto.

Conocida la declaración de guerra, el general Juan Or-



bidek reunió sus tropas en número de dos mil trescientos noventa y tres combatientes entre una población de dos mil trescientos noventa y tres almas: mujeres, chiquillos y ancianos se reunieron con los hombres válidos. Todo ob-

jeto cortante y contundente, se convirtió en arma. Se requisaron los fusiles que había en la ciudad y se encontraron cinco, dos de ellos sin gatillo que se repartieron a la vanguardia.

La artillería se componía de la vieja culebrina del castillo, tomada en el 1339 en el ataque de Quesnoy, una de las primeras bocas de fuego que menciona la historia, y con la cual no se había hecho ningún disparo en cinco siglos. Pero no había proyectiles que meter en ella, por fortuna para los sirvientes de la tal pieza; pero aun así era un artefacto que podía imponer al enemigo. En cuanto a las armas blancas, se habían sacado del museo de antigüedades, hachas de piedra, alabardas, mazas de armas, franciscas, frámeas, guisarmas, partesanas, estoques, o espadas de cazoleta fina y larga, etc., y también de los arsenales particulares conocidos con el nombre de cocinas. Pero el valor, el derecho, el odio al extranjero, el deseo de venganza, debían suplir los mecanismos más perfeccionados y reemplazar, al menos así lo esperaban, las ametralladoras modernas y los cañones que se cargaban por la culata.

Se pasó revista. Ni un ciudadano faltó a la lista. El general Orbidek, poco firme en su caballo, que era un animal fogoso, se cayó tres veces al frente del ejército, pero se levantó ileso, lo cual se consideró como favorable augurio. El burgomaestre, el consejero, el comisario civil, el gran juez, el maestro de escuela, el banquero, el rector, en fin, todas las notabilidades de la ciudad, marchaban a la cabeza. Ni madres, ni hermanas, ni hijas vertían una sola lágrima. Al contrario, incitaban a sus padres, hermanos y maridos al combate y los seguían formando la retaguardia, a las órdenes de la valerosa señora van Tricasse.

La trompeta del pregonero Juan Mistrol resonó: el ejército se puso en movimiento, salió de la plaza y dando gritos feroces se dirigió hacia la puerta de Audenarde.

Mas en el momento en que la cabeza de la columna iba

a salir de los muros de la ciudad, un hombre se puso delante exclamando:

— ¡Deteneos! ¡Deteneos, hato de locos! ¡Suspended vuestro ataque! Dejadme cerrar la espita. ¡Tenéis alterada la sangre! Sois unos buenos, ciudadanos pacíficos y tranquilos, y si estáis enardecidos, la culpa la tiene mi amo el doctor Ox. Es un experimento. So pretexto de alumbraros con gas ox-hídrico, ha saturado...

El preparador estaba fuera de sí; pero no pudo acabar. En el instante mismo en que el secreto del doctor iba a escapársele, el propio Ox, poseído de un furor indescriptible, se arrojó sobre el desgraciado Ygene y le cerró la boca a puñetazos...

Aquello fué una verdadera batalla. El burgomaestre, el consejero, los notables que se habían detenido a la vista de Ygene, arrebatados a su vez por la exasperación, se arrojaron sobre los dos extranjeros, sin querer escuchar al uno ni al otro. El doctor Ox y su preparador, vapuleados y molidos iban a ser conducidos a la prevención por orden de van Tricasse, cuando...

XV

¿ONDE ESTALLA EL DESENLACE

Cuando retumbó una formidable explosión. Toda la atmósfera que envolvía a Quiquendon pareció como inflamada. Una llama de intensidad y viveza fenomenales, brotó cual meteoro, hasta las alturas del cielo. A ser de noche ese fuego se hubiera visto a diez leguas a la redonda.

Todo el ejército de Quiquendon cayó a tierra como un ejército de capuchinos... Por fortuna, no hubo víctima alguna... Algunos rasguños y chichones y nada más. El confitero, que por casualidad no se cayó del caballo, salió con el penacho chamuscado, sin más avería ni herida alguna.

— ¿Qué es lo que había ocurrido?

Una cosa muy sencilla como se supo luego; la fábrica de gas acababa de volar. Probablemente se había cometido alguna imprudencia durante la ausencia del doctor y de su ayudante. No se sabe cómo ni por qué se había establecido una comunicación entre el depósito de oxígeno y el receptáculo de hidrógeno. De la reunión de ambos gases había resultado una mezcla explosiva, que el fuego prendió por descuido.

Esto lo trastornó todo... pero, cuando el ejército se levantó, el doctor Ox y su preparador Ygene habían desaparecido.

XVI

DONDE EL LECTOR INTELIGENTE VE QUE TODO LO HABÍA ADIVINADO A DESPECHO DE LAS PREOCUPACIONES DEL AUTOR

Después de la explosión, Quiquendon había vuelto a ser la ciudad pacífica, flemática y flamenca que antes era.

Después de la explosión, que no causó una emoción muy profunda, cada cual, sin saber por qué, emprendió maquinalmente el camino de su casa, yendo el burgomaestre apoyado en el brazo del consejero, el abogado Schut en el del médico Custos, Frantz Niklause en el de su rival Simón Collaert, todos tranquilos, sin ruido, sin conciencia de lo que había pasado y olvidando su venganza contra Virgamen. El general había vuelto a sus pasteles de crema y el ayudante de campo a sus caramelos de cebada.

Todo había vuelto a la calma, todo había recobrado su vida habitual, hombres y animales, bestias y plantas, y hasta la misma torre de la puerta de Audenarde, que la explosión (¡son a veces prodigiosas las explosiones!) había enderezado.

Y desde entonces no volvió a oírse una palabra más alta que otra ni hubo más disensiones en la ciudad de Quiquendon. ¡No más política, no más clubs, no más plei-

tos, no más agentes de orden público! El destino del comisario Passauf volvió a ser una sinecura, y si no le rebajaron el sueldo fué porque el burgomaestre y el consejero no pudieron atreverse a adoptar una resolución. Por otra parte, seguía siendo objeto, sin sospecharlo, de los ensueños de la inconsolable Tatanemancia..

En cuanto al rival de Frantz, abandonó generosamente su amada Suzel a su prometido, que se apresuró a casarse con ella, cinco o seis años después de estos sucesos.

Y en cuanto a la señora de van Tricasse, murió diez años más tarde, y, pasado el luto de rigor, el burgomaestre se casó con una señorita van Tricasse su prima, en excelentes condiciones... para el afortunado mortal que debiera sucederle.

XVII

EN EL QUE SE EXPLICA LA TEORÍA DEL DOCTOR OX

¿Qué es lo que había hecho el misterioso doctor Ox? Un experimento caprichoso y nada más.

Después de haber establecido sus cañerías de gas, había saturado de oxígeno puro, sin átomo siquiera de hidrógeno, los edificios públicos, luego las casas particulares, y por último las calles de Quiquendon.

Ese gas, que carece de olor y de sabor, esparcido en alta dosis por la atmósfera, produce a quien lo aspira perturbaciones muy serias en el organismo. Cuando se vive en un ambiente saturado de oxígeno, se siente violentas sobreexcitaciones y enardecimiento; pero cuando se pasa a la atmósfera ordinaria, se recobran las facultades habituales, como aconteció con el consejero y el burgomaestre cuando, llegados a la plataforma de la torre, respiraron aire ordinario, porque el oxígeno, que es más pesado, se mantiene en las capas inferiores.

Pero también, viviendo con tales condiciones, respirando el gas que transforma fisiológicamente no tan sólo

el cuerpo sino el alma, se muere prematuramente como los insensatos que hacen excesos en la vida.

Fué, pues, una fortuna para los quiquendonenses, que la explosión providencial acabase con el peligroso experimento destruyendo la fábrica del doctor Ox.

En resumen, y para concluir, la virtud, el valor, el talento, el ingenio, la imaginación, todas esas cualidades o facultades, ¿serán tan sólo una cuestión de oxígeno?

Tal es la teoría del doctor Ox, pero no hay razón para admitirla, y por nuestra cuenta la rechazamos desde todos los puntos de vista, a pesar del caprichoso experimento de que fué teatro la tranquila ciudad de Quiquendon.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.ª parte).
58. Héctor Servadac (2.ª parte).
59. El maestro Zacarias.
60. Martín Paz.